

IV

La noche de otoño, apenas transcurría la mitad de mayo, se sentía tan fría que parecía invierno, por lo que Conrado decidió encender la calefacción de su auto Ford Ka plateado –en realidad pertenecía a sus padres pero como él era quien más lo utilizaba y también pagaba los impuestos y los demás gastos terminaba siendo prácticamente suyo– mientras su amigo Manu iba en el asiento del acompañante, escuchando la música que reproducía el estéreo del vehículo que cada vez que debía sobrepasar un lomo de burro o cuneta su conductor lo hacía bien despacio para no agitar la carrocería y hacer “saltar” el lector del CD, lo que interrumpía, por unos segundos, cualquier canción.

Cada uno de estos saltos enfurecía a Conrado, quien desde el inicio del recorrido desde el departamento de Manu, donde habían cenados ellos dos solos, no había reparado en elogios para los nuevos temas de su banda de rock favorita. A su amigo también le gustaba el mismo grupo, sobre todo las letras, y de hecho él le había regalado ese álbum doble cuyo contenido retumbaba en el pequeño habitáculo envuelto en una nube de humo de cigarrillo a pesar de que las dos ventanillas delanteras estaban semi bajas. Sin embargo, Manu no era tan fanático, por lo que en ocasiones como ésta sus oídos captaban los comentarios de su compinche como un disco rayado.

“Te resucito en el sueño, te resucito en el sueño, te resucito en el sueñooooo...”, canturreó el conductor justo antes de detener la marcha frente a la casa de Agustina, donde lo esperaban Julia y Ana.

-¿No hubiese sido más práctico pasar primero por lo de Juli y después por lo de Ana? Si vamos para el lado de Capital y Avellaneda nos queda de paso...-dijo Manu apenas Conrado apagó el motor y tocó la bocina para anunciar su llegada.

-Sí, ya sé. Pasa que en un primer momento íbamos a salir por Quilmes pero como los viernes no es la mejor noche para salir por ahí se me ocurrió que iba a ser mejor ir a Capital, para hacer algo distinto.

-Me parece bien variar un poco –Manu bajó la ventanilla de su lado por completo con el objetivo de airear el interior del auto antes de que subieran las dos jóvenes, aunque estas dos también fumaban y probablemente no se hubiesen quejado del humo.

-Espero que las chicas no se hayan enojado por el cambio de planes. Igual, ellas fueron las que decidieron juntarse las tres acá –Conrado apagó el estéreo y tomó su celular para enviarle a su novia un mensaje de texto para avisarle que ya la estaba esperando en la puerta.

-¿Querés que baje a tocar el timbre? –preguntó Manu tomando la manija de la puerta pero sin accionarla.

-No, dejá –Conrado tenía la vista clavada en la pantalla de su teléfono móvil-. Ahí me respondió Julia que ya salen.

-Ok –Manu accionó la manija y abrió la puerta-. De todos modos, tengo que bajar para que suban ellas –dijo mientras descendía del vehículo en el mismo momento en que las tres amigas salían por la puerta delantera de la casa, la cual contaba con un amplio jardín delantero ubicado entre la edificación y la línea municipal, una característica repetida en los inmuebles de ese barrio del noreste de *Trevithick*, donde a raíz de las inclemencias del clima y la época del año lucía una descolorida vegetación cubierta de rocío y niebla.

Debido a la falta de viento, esta densa bruma también estuvo presente a la vera de la autopista durante el viaje de ida y principalmente en el de vuelta de la Capital Federal, lo que obligó a Conrado a conducir con extremo cuidado ya que la visibilidad

estuvo marcadamente reducida. Afortunadamente, el tránsito se mantuvo fluido y las luces de los vehículos sirvieron de referencia para los automovilistas, aunque no todos fueron precavidos y se movilizaron a la misma alta velocidad que una noche seca y clara.

El interior del bar estaba amueblado y decorado como un inmenso living, lo que reforzaba el concepto de su nombre: *Sofá Club*. Apenas se acomodaron en sendos sillones individuales ubicados alrededor de una mesa ratona con una pequeña lámpara en su centro, Julia y Ana se quitaron sus respectivos abrigos y mientras la primera lució una camisa de mangas cortas, la segunda exhibió una blusa algo más escotada. En tanto, Conrado y Manu se sentaron en otros dos sillones individuales colocados enfrente de los de las chicas, formando los cuatro vértices de un cuadrado etéreo en medio de un amplio salón repleto de gente y en cuya pared del fondo se levantaba un alta pantalla en la que se proyectaban los video clips de las canciones que sonaban por los parlantes.

Manu se sentó delante de Ana, en diagonal a Julia y al lado de su amigo, quien ocupó la posición inversa, desde la que llamó a la mesera. “¿Cuatro fernet les parece bien?”, preguntó Conrado a sus acompañantes, quienes respondieron afirmativamente.

-No había venido nunca a estebar –indicó Ana al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor-. Está re bueno.

-Yo tampoco había venido –acotó Manu mirando con atención la pantalla gigante en la que se reproducía el video clip oficial de *Modern Love* de David Bowie.-. Me gusta la música.

-Está bárbaro el lugar. Y pasan muchos clásicos de los `80 y `90 –indicó Conrado-. Con Juli ya vinimos dos o tres veces.

-Dos –señaló Julia-. Con esta serían tres.

-Algunos compañeros de la facu me habían hablado de este lugar pero, salvo para cursar, no estoy muy habituada a andar por Capital –Ana prendió su primer cigarrillo de la noche ya que durante el viaje en auto había preferido no hacerlo para no molestar con el humo a Manu, quien no fumaba y fue sentado a su lado en la parte trasera, donde las ventanillas no se podían abrir.

-¿Dónde cursás? –preguntó Manu.

-En la UBA.

-Ciencia Política, ¿no?

-Sí, sí.

En ese momento, la mesera depositó los cuatro tragos sobre la mesa ratona y Conrado se apuró a abonar la cuenta de su bolsillo. “La próxima pago yo”, indicó Manu tomando dos vasos, uno de los cuáles se lo alcanzó a Ana, quien lo miró agradecida.

-Parece que ya te contaron varias cosas sobre mí -Ana dibujó una sonrisa cómplice y con el rabillo del ojo se dirigió a Conrado y Julia para incorporarlos a la conversación-. Pero yo no sé casi nada de vos, Manu.

Bah, tampoco sé demasiado de su amigo, pensó la joven antes de beber el primer sorbo de su fernet cola.

-¿Qué te gustaría saber? -Manu alzó su vaso sin apartar su vista del rostro expectante de Ana.

-No sé. Lo que quieras.

-Preguntá sin miedo -intervino Conrado.

-Ok, bueno. ¿Cómo se conocieron? -Ana movió su cabeza de un lado al otro, primero hacia la posición de Manu y luego hacia la de Conrado, quien le hizo a su amigo una especie de reverencia como indicándole que él tenía la potestad de responder según su criterio.

-Fuimos compañeros durante toda la escuela secundaria y después nos volvimos profesores en el mismo colegio.

-¿Y toda la vida vivieron por ahí?

-Yo soy nacido y criado en Capital Federal -Manu apoyó el vaso sobre la ratona y se señaló el pecho con el dedo índice-. Pero Conrad y Juli son cien por ciento bonaerenses.

-Digamos que vos ahora también lo sos -acotó Julia exhalando una larga bocanada de humo-, ya que vivís cerca del colegio, como nosotros dos.

-Es cierto -Manu movió su cabeza afirmativamente-. Pero mi familia sigue siendo de Capital, no como en el caso de ustedes.

-¡Qué raro es ver a un porteño en el conurbano! Por lo general, no les gusta cruzar a provincia -expresó Ana, risueña.

-Es que la Capital lo tiene todo, ¿no? -Conrado levantó el entrecejo.

-Casi, amigo. Si fuera así, probablemente no nos habríamos conocido y no estaríamos acá, esta noche.

-¿Cómo es eso? -Ana, con un gesto más serio en su rostro, se mostró interesada.

-Porque de chico, mis viejos me mandaron a estudiar inglés de manera particular y me terminé enganchando. Y cuando terminé el primario quería ir a una escuela bilingüe pero esos colegios de Capital eran muy caros, así que tuve que buscar otras alternativas...

-Y así terminaste eligiendo a la vieja y querida Escuela Privada -interrumpió Conrado.

-Así fue.

-¡Qué ganas de viajar todos los días hasta allá! -Ana posó la palma de su mano sobre su pómulo- A mi me cuesta horrores siendo ya grande, y no me quiero imaginar lo que habrá sido para alguien más chico. Digo, yo a esa edad no salía del barrio. Jajá.

-Lo que pasa es que mi familia siempre vivió en el sur de la Capital y allá los chicos estamos acostumbrados a ir de un lado al otro solos, en colectivo, subte o tren. Además, desde donde yo estaba hasta al colegio no era tan lejos, sólo seis estaciones.

-Claro. ¿Y cuándo fue que te mudaste?

-Cuando terminé el secundario fui a la Universidad en Capital y durante los primeros años me quedé definitivamente ahí. Hasta que Conrad empezó a dar clases en la escuela y a través de sus padres me consiguió un trabajo a mí también.

-Ajá.

-De todos modos, seguía viajando de Capital a Provincia hasta que terminé la Facultad. Recién entonces me mudé cerca del colegio.

-Yo me hubiera comprado un auto, aunque sea el más viejo y barato -señaló Julia, quien había sido el curso de la conversación en silencio, bebiendo, fumando y tomada de la mano de su novio que cada vez que quería que Manu y Ana hablasen cara a cara disimulaba desentenderse de la charla y besaba a su novia.

-Yo también... si me hubiera alcanzado la plata, la cual no es mucha para un simple Traductor de Inglés que vive solo y alquila -indicó Manu, para nada pretencioso.

-Al menos te recibiste y trabajás de lo que te gusta, y te alcanza para independizarte -Ana hizo una pausa para encender un cigarrillo-. Yo apenas puedo conseguir un puesto en el *call center* del *shopping* más cercano a la casa de mis viejos - la joven resopló el humo con resignación.

-Mirá que nosotros también vivimos con nuestros respectivos padres -Conrado llamó la atención de Ana-. Y no creo que tenga nada de malo. Si todavía somos jóvenes.

-Tal cual -aseguró Manu-. Yo vivo solo por necesidad, pero siempre viene bien la ayuda de los padres. Por eso voy a estar eternamente agradecido a Mónica y Bobby.

-¿Tus viejos se llaman Mónica y Bobby? -inquirió Ana.

-No, ellos son los padres de Conrad.

-Ah, ok.

-Y yo también les voy a estar por siempre agradecidos -dijo Julia.

-¿A vos también te consiguieron trabajo en la escuela, Juli? -preguntó Ana, sorprendida.

-Así es -afirmó Conrado-. Aunque si no fuera por mí, no sé qué hubiese pasado...

-¡No seas malo! -Julia le aplicó a su novio un sutil cachetazo-. Es obvio que si no era tu novia no me habrían conocido. Si yo ni siquiera fui a estudiar a la Privada.

-Ah, yo pensé que ustedes dos -Ana se volvió a la pareja de novios- también se habían conocido en el colegio. Sabía que no fueron compañeros por la diferencia de edad, pero...

-Nos conocimos en la Facultad de Bellas Artes -dijo Julia-. Él ya era un estudiante de Música avanzado y yo recién empezaba en Plástica.

-Aunque yo también sé pintar, eh -añadió Conrado.

-Y bastante bien -sumó Manu, quien tenía colgado de la pared principal de su mono ambiente un óleo pintado por su amigo, quien para dicha obra había recurrido, con las limitaciones acordes a un aficionado que había tomado algunas pocas clases, a ideas y conceptos del surrealismo de Salvador Dalí y del cubismo de Pablo Picasso, los dos pintores que más admiraba.

-Bueh... -bromeó Julia torciendo la boca.

-Che -interrumpió Ana acomodándose en su asiento-, entonces Mónica y Bobby podrían conseguirme un trabajo a mí también, ¿o no?

El chiste de Ana despertó las carcajadas de Julia y Conrado, quienes se abrazaron por unos instantes hasta que ella se sentó sobre el regazo de él.

-¿Por qué no? Si los padres de Conrad siguen manejando la escuela -indicó Manu volviéndose a Ana-. Además, los estudiantes de Política saben mucho de Historia, Economía, Sociología, Filosofía... todas buenas materias para dar clases.

-¿Y los tres dan clases en inglés? -Ana cruzó las piernas a la altura de las rodillas y la tela de su pantalón de jean se ajustó aun más a sus delgadas piernas.

-Sí -respondió Manu acercando su sillón al de la joven, aprovechando que los novios estaban distraídos en su propio mundo-. Aunque Conrad también trabaja de preceptor en el turno mañana, cuando se dictan las clases en castellano.

-O sea que las materias en inglés se dan a la tarde.

-Exacto.

-Entonces tenés las mañanas libres, ¡qué bueno!

-Más o menos -Manu movió su mano haciendo girar su muñeca hacia un lado y el otro.

-¡¿Cómo más o menos?!

-Es que a la mañana suelo hacer otros trabajos.

-¿Ah, sí?

-Sí, sí. Doy clases particulares y también hago traducciones *free lance* para distintas empresas.

-Mira vos. ¿Y lo hacés en tu casa?

-Por suerte, sí. Eso no tiene precio.

-Seguro. Yo daría cualquier cosa por poder trabajar desde mi casa, por más que conviva con mis padres y mi hermano -Ana se mordió el labio inferior.

-¿Y qué momentos del día tenés libre?

-Prácticamente ninguno. Porque trabajo jornada completa de lunes a viernes y sábado por medio; y curso casi todos los días a la noche, así que imagínate....

-¡Ufff!

-Exacto.

-Pero mañana no trabajás, ¿o sí?

-No. Si tuviera que trabajar no estaría acá.

-A veces puede ser muy duro tener que trabajar y estudiar al mismo tiempo.

-Demasiado. Pero no queda otra -Ana se encogió de hombros y apagó su cigarrillo. Luego giró hacia Julia:- ¿Dónde queda el baño?

-Yo te acompaño -indicó Julia poniéndose de pie, tras lo cual, Ana se levantó del asiento, tomó su cartera y siguió los pasos de su amiga entre medio de la muchedumbre hasta que las dos chicas se perdieron de la vista de los chicos que permanecieron sentados.

-Te dije que era re linda, ¿no? -Conrado codeó a su amigo, a lo que éste tomó su vaso medio vacío y lo golpeó sutilmente contra el del primero.

-Tenías razón, eh.

-¿Viste? Yo te conozco y sabía que te iba a gustar.

-Habría que ser exageradamente exquisito para que una mina así no te guste - Manu acabó el trago con un último sorbo.

-Seguro. Cualquiera con dos dedos de frente estaría encantado de salir con alguien como Ana.

-¿Qué pasa? -Manu abrió grandes sus ojos-. ¿No te gustará más Ana que Julia?

-¡Qué boludo que sos!

-Es un chiste, gil.

-Yo sé que tipo de mina es Julia.

-Calculo que sí, porque de lo contrario, hablaría muy mal de vos.

-Tampoco para tanto, che.

-En serio, Conrad. Julia es divina. No cualquiera llega a tener lo que ustedes tienen. Cuidala.

-Ahora el que parece más interesado en la chica ajena sos vos.

-Sabés que no es así -Manu levantó el dedo índice de su mano derecha hasta la altura de su sien del mismo lado-. Yo con Juli me llevó bien porque ella es copada pero jamás la vería con otros ojos.

-Obvio, amigo. Yo también te estoy haciendo un chiste.

-¡Jajá!

-¿Pedimos otros dos fernet? -preguntó Conrado mientras buscaba a la mesera con la mirada.

-Dale, total la noche recién empieza -se envalentonó Manu-. ¿Aunque no deberíamos esperar a que vuelvan las chicas así les preguntamos si ellas quieren algo más?

-Es lo mismo -Conrado ladeó la cabeza al tiempo que sus manos rebotaban sobre sus rodillas al compás de la percusión de *Friday I'm in love* de *The Cure*, lo que demostraba que a pesar de preferir el rock en español, sabía reconocer perfectamente una buena canción británica, las preferidas de Manu, quien tenía una linda voz y una perfecta dicción, con lo que durante la adolescencia había tratado, en vano, de convertirse en cantante en una de las tantas bandas que armó y desarmó su amigo, especialista en los instrumentos de cuerda y quien, además, aportaba coros y composiciones melódicas realmente interesantes.

De hecho, el punto más flojo de Conrado como músico eran las letras, por lo que este contenido siempre lo terminaba delegando en sus compañeros de turno, los que en

su mayoría no llegaban a satisfacer sus gustos. “Qué lástima que no sabés tocar ni el timbre, porque escribís muy bien”, le había dicho a Manu en más de una ocasión, cuando se lamentaba no poder encontrar él las palabras adecuadas para unirse a sus acordes.

-Acá no te pasan un tema de Divididos ni en pedo, ¿no? -ironizó Ana al regresar del baño junto a Julia y reubicarse en su asiento.

-¿No te gusta la música en inglés? -Manu acomodó su sillón para hacerle más lugar al de la joven a su lado.

-Sí, me gusta. Pero como no entiendo mucho las letras prefiero el rock nacional, ¿está mal?

-No, para nada -Manu se puso a la defensiva y en una ráfaga de centésimas de segundos se imaginó cómo sería darle clases particulares a Ana en la intimidad de su departamento.

-No te preocupes, Ana. Yo entiendo las letras en inglés perfectamente pero también prefiero el rock argento -señaló Conrado dejando caer su mano izquierda gentilmente sobre el muslo de su novia.

-A mi también -añadió Julia.

-Menos mal -Ana se pasó la mano por la frente-. Pensé que era la única de todo el bar, jeje.

-Para nada -retomó Conrado-. Es más, en el auto tengo unos discos muy copados para escuchar en el viaje de vuelta. Quedate tranquila que antes de irte a dormir vas a escuchar buena música.

-Ok.

-Che -Julia miró la mesa ratona donde sólo había dos tragos, el de su novio y el de Manu-, antes de irme a dormir me gustaría tomar algo más y a Ana también. ¿Por qué no nos pidieron algo a nosotras?

Manu bajó la vista y agachó la cabeza ante el severo tono de Julia, en tanto que Ana miró hacia un costado, simulando observar el video clip en la pantalla gigante.

-Perdón, Juli. No pedimos nada para ustedes porque no sabíamos que era lo que iban a querer....

-¡Qué chamuyero! -Julia recobró su habitual dulzura y buscó con la mirada a la mesera pero no la encontró.

-La moza tarda un montón -Conrado se puso de pie-. Mejor voy hasta la barra y traigo los tragos yo.

-Te acompaño -Julia se levantó del sillón-. Ahora venimos -anunció en dirección a Manu y Ana, quienes por primera vez en la noche se quedaron los dos solos.

-Así que te gusta Divididos -Manu rompió el delgado hielo que se había formado entre él y Ana tras la partida de la pareja de novios.

-Entre otras bandas nacionales.

-¿Y te gusta ir a recitales?

-Eso es justamente lo mejor de escuchar grupos de acá: los podés seguir cuando tocan en vivo.

-Tal cual. Por eso, con Conrad vamos seguidos a recitales, aunque admito que yo no soy tan fanático como él o como vos -Manu clavó sus ojos en los de Ana, quien se sintió algo nerviosa ante tanta intensidad, por lo que él advirtió la incomodidad y enseguida desvió la mirada hacia la barra, como si estuviese tratando de encontrar a su amigo y a Julia-. Si querés, podemos organizar para ir a algún show todos juntos - propuso el joven con la vista perdida entre los movimientos frenéticos de las personas

que los rodeaban y que conformaban un muro humano que parecía no poder ser atravesado.

-Dale -afirmó ella más relajada-. Todos los fines de semana hay propuestas interesantes. Es sólo cuestión de ponerse de acuerdo.

Manu hizo una pausa para beber de su fernet y cuando se disponía a retomar la charla con Ana, Conrado y Julia surgieron entre la muchedumbre con los tragos para las dos chicas.

-Al final tardaron un montón -Ana miró a su amiga mientras ésta le pasaba su vaso.

-Es que aproveché para ir al baño -explicó Conrado sentándose nuevamente en su lugar y tomando su trago-. ¿Todo bien o siguieron discutiendo sobre música?

-Todo bien -respondió Manu-. Hasta nos pusimos de acuerdo en organizar para ir los cuatro a algún recital.

-¡Bien! ¿Y de quién?

-No sé... Divididos, Catupecu....

-Los Piojos, Tipitos, Las Pastillas... -intercedió Julia.

-Alguno seguro que va a tocar próximamente -Manu se volvió hacia Ana.

-Yo prefiero alguno de los primeros dos -indicó la joven.

-Está bien. Después vemos -resumió Conrado, dispuesto a cambiar el hilo de la conversación-. No tenemos que definirlo justo ahora.

-Tal cual -coincidió Manu y luego se paró en una brusca maniobra-. ¿Por dónde queda el baño?

-Al final de la barra, a la izquierda. Justo al lado de la pantalla -indicó Conrado, tras lo cual, su amigo se excusó y se encaminó hacia allí.

Durante el obstaculizado trayecto, Manu cayó en la cuenta que ya se le habían aflojado un poco las piernas, por lo que sus movimientos se tornaron torpes y lo llevaron a chocar con algunas de las personas que se le cruzaron envueltas en los flashes cegadores de los láser multicolores que se encendían y apagaban con una cadencia tan rápida como la de los estridentes acordes de las guitarras que emergían de las altas torres de parlantes.

El traductor no había bebido demasiado pero evidentemente, el trajín de la semana laboral había alcanzado su nivel de agotamiento máximo en esa madrugada, a pocas horas de cumplirse un día desde que se había levantado de la cama. Algo similar a lo que ocurría con sus tres acompañantes. “Tendríamos que haber salido un sábado”, se dijo mientras orinaba de pie en un mingitorio y cerraba los ojos para descansar la vista por al menos por unos segundos.

Manu tenía razón, pero lo que más le molestaba no era el cansancio típico del viernes por la noche que mermaba su capacidad para disfrutar de la salida, sino que Ana estuviese ocupada los sábados, lo que le sugería que, además de sus amigas, ella podía tener otro hombre en su vida. Y esta idea lo acompañó como una espina atravesada en su garganta de regreso a la mesa, a lo que se sumó que en esta etapa de conocimiento de aquella joven no había suficiente confianza para indagar en el tema. Ni siquiera para preguntárselo a Julia ya que la verdadera confidente de Ana era Agustina, no la novia de Conrado.

Por sus propios medios, y miedos, Manu se encerró en un oscuro y complejo laberinto, parecido al camino que tuvo que hacer para volver hasta donde se encontraban sus tres acompañantes, quienes charlaban entre ellos con sumo entusiasmo y atención, como si la ausencia del cuarto integrante del grupo no los hubiese afectado en absoluto.

Y cuando Manu se sumó a la conversación advirtió que, en realidad, Conrado, Julia y Ana hablaban sobre diversos temas que se fueron superponiendo durante el resto de su permanencia dentro del bar. Por ejemplo, la pareja de novios realizó una larga descripción sobre la exposición de cuadros que habían ido a ver el fin de semana anterior y de un par de películas que habían visto en DVD y que les habían gustado mucho, a lo que Ana aclaró que actualmente ella apenas tenía tiempo para dedicarle a alguna novela clásica de los escritores latinoamericanos que más la atraían. Aunque, según ella, tenía tanto para leer para la Facultad y el agotamiento visual era tan intenso que últimamente terminaba tirada en la cama escuchando música hasta que se quedaba dormida.

En este tramo de la reunión, Manu prefirió dejar transcurrir el tiempo sin realizar demasiados comentarios para así evitar quedar expuesto o decir algo erróneo o desubicado delante de Ana.

De esta manera, la permanencia de los cuatro jóvenes dentro del bar no se extendió mucho más ya que al igual que Manu, los otros tres también se sentían cansados y si bien estaban pasando un rato agradable no deseaban acostarse muy tarde.

-Ana, tengo para hacerte escuchar una banda *under*, no muy conocida, que suena bárbaro –indicó Conrado colocando un CD en el reproductor del auto, en el que Julia iba de acompañante y Manu y la joven estudiante de Ciencia Política en el asiento trasero, tal como lo habían hecho en el viaje de ida.

-¿Cuál? –preguntó Ana, quien estaba ubicada justo detrás del asiento del conductor, quien la miraba por el espejo retrovisor del parabrisas.

-¡Ah!, sorpresa...

-Al menos decime que tipo de música hacen -insistió ella.

-Es una onda punk rock mezclado con un *hardcore* melódico –explicó Conrado mientras aguardaba a que comenzara a sonar la primera canción, por un lado, y aceleraba en punto muerto para que el moto calentara más rápido.

-Te va a gustar, en serio –dijo Manu a Ana por lo bajo al tiempo que la palmeó suavemente en el muslo-. Hace poco los fuimos a ver y estuvo genial.

-A ver...

¡Tocame, cuando no quieras sentir, besame sin el sabor de elegir y hablame sin decirme la verdad, sin intentar lograr perderte en mí!, sonó la voz aguda del cantante sobre una velocísima base de bajo y batería.

-Baja un chachito –dijo Julia a su novio, a lo que éste accedió inmediatamente.

-Perdón, che –se disculpó el conductor, tras lo cual, puso el auto en movimiento por las calles alborotadas del centro porteño.

-Está bueno pero es como demasiado intenso para estar altura de la noche –acotó Ana recostada sobre el asiento, con la cabeza inclinada hacia la ventanilla, a través de la cual miraba el continuo movimiento de personas y vehículos.

Manu advirtió que la joven ya había dado todo lo que tenía por la cita doble y que ahora prefería mantener cierta distancia y aislamiento, por lo que también se apoyó contra la ventanilla opuesta y permaneció callado, escuchando la música y a su amigo charlar con su novia sobre cuestiones de pareja con las que él no tenía nada que ver y, por ende, no necesitaba saber.

¡Amame, cuando te empiece a aburrir, odíame, cuando te olvides de mí...!, repitió el cantor en su estribillo justo antes de que Manu cerrara sus ojos y empezara a dormir.

Pero el sueño le duró poco y nada, aunque a él le pareció que había sido bastante más extenso, ya que Conrado lo llamó: “Manu, ahora viene la canción que tanto te gusta a vos.”

-¿Cómo se llama? –preguntó Manu somnoliento e irguiendo su tronco para acercarse hacia el hueco entre los dos asientos de adelante.

-No me acuerdo. Pero escuchá –Conrado miró por el espejo retrovisor-. No subo más el volumen para no molestar a Ana –agregó casi en voz baja.

¡Hoy perdí porque no intenté ganar y me fui a dormir sin imaginar que no iba despertar! ¡Ya entendí que ya no sirve soñar!, alcanzó a oír Manu y aquellos dos versos le arrancaron una sonrisa que lo abrazó durante el siguiente tramo del viaje, cuya primera parada intermedia fue el domicilio de Ana, situado en una torre de departamentos en pleno centro de Avellaneda, hasta donde el conductor había llegado en pocos minutos cruzando a Provincia por el Puente Pueyrredón y tomando la siempre congestionada avenida Mitre.

Ana estaba prácticamente inconsciente cuando Manu le susurró cerca de su oído: “Llegamos”, a lo que la joven abrió sus ojos, miró por la ventanilla y se reincorporó rápidamente. En tanto, Conrado descendió del auto y levantó su asiento para que ella pudiese salir. Y antes de hacerlo con esa torpeza del que recién se despierta, por más que se haya dormido apenas un rato, saludó con un beso en la mejilla primero a Manu, después a Julia y finalmente al novio de ésta, una vez que estuvo de pie junto al vehículo. “Nos vemos”, se despidió Ana. “Después hablamos”, le dijo Julia. “¡Dale!”, concluyó la primera cruzando el portón corredizo de hierro forjado que protegía la entrada al estacionamiento de la torre.

-¿Querés venir adelante? –Julia preguntó a Manu, quien había permanecido callado durante toda la despedida de Ana, esperando que ésta le dijese algo, aunque no

sabía bien qué-. ¡Ey! –le llamó la atención al amigo de su novio, que contemplaba a la distancia como Ana se introducía en el hall del edificio y desaparecía de su vista.

-¿Qué? –Manu se volvió hacia la joven.

-Qué si querés venir adelante con Conrad.

-Ah, no, no. Estoy bien acá.

-¿Seguro? –insistió el conductor, que seguía de pie junto a la puerta abierta.

-Sí, sí. Vamos –indicó Manu y luego se acostó en posición fetal ocupando todo el asiento trasero.

El auto, de un modelo de principios de siglo que cuando tomaba velocidad se asemejaba a una bala de plata, apenas había recorrido unas cuadras cuando los novios se volvieron sobre sus hombros, aprovechando que estaban detenidos en un semáforo en rojo, y casi a coro preguntaron: “¿Y? ¿Qué te pareció?”, lo que despertó la risa de Manu, quien inmediatamente se sentó para poder dialogar como corresponde con la pareja.

-La verdad que me gustó –Manu miró a Julia con la ingenua expectativa de que ésta le diera una pista. Fueron al baño juntas y las mujeres hablan de todo en ese momento, evaluó él.

Pero la novia de su amigo sólo sonrió con satisfacción y no dijo más nada.

Evidentemente, no es la misma confianza la que Ana le tiene a Agustina que a Julia, concluyó Manu, resignado.

-Bueno, amigo –Conrado hizo añicos el incómodo silencio con su habitual tono jocoso-, ya sabés donde vive para venir a buscarla vos solo en la próxima cita.

-Espero que haya una segunda salida –expresó un Manu con una voz de derrota.

-Yo creo que sí la va a haber –Conrado miró de costado hacia su novia, quien se volvió hacia Manu.

-Mañana hablo con ella y Agus y te cuento –explicó la joven para redondear el tema, del cual no se habló más en el resto del viaje hasta *Trevithick*, donde Conrado llevó a Manu hasta su departamento y finalmente se dirigió hasta su casa, en la que su novia se iba a quedar a dormir allí ya que el domicilio de los padres del joven era más amplio que el de ella y contaba con varias habitaciones que brindaban una cómoda privacidad.

Las últimas palabras de Julia sobre el asunto con Ana dejaron a Manu un poco más tranquilo, por lo que éste se durmió apenas se acostó en su cama. De hecho, el relajo del final fue tan marcado que descansó profundamente y recién se levantó después del mediodía. Y tras un almuerzo rápido y ligero, encendió su teléfono celular y apenas lo hizo recibió un mensaje de texto de Conrado, el cuál había sido enviado por aquel a las seis de la mañana, probablemente antes de que se fuera dormir después tener sexo con Julia. *“Está todo bien con Ana. Dale para adelante.”*, leyó en la pantalla de su móvil.

Este mensaje no sólo alegró el día de Manu sino que también lo llenó de ansiedad, por lo que por la tarde, mientras navegaba en Internet desde su *laptop*, el traductor vio que Julia estaba conectada al MSN y le habló.

“Recién hablé con Agus y Ana y tengo algo para vos...”, escribió ella.

“¿Qué cosa? A ver....”, retrucó él.

“La dirección de e-mail de Ana para que la agregues a tus contactos: anitalacade@hotmail.com De nada!”

“Gracias Juli! Pero, ella lo sabe?”

“Obvio. Y me dijo que te pasara su Face pero le expliqué que vos sos un romántico, como tu amigo, que prefieren no usas eso”

“Bueno, che. Digamos que soy un poco más moderno que Conrad. Al menos uso MSN, no?”

“Jajá! Es cierto”

“La pasaste bien anoche?”

“Sí, re bien. Y vos?”

“Yo también”

“Y que estás haciendo ahora?”

“Boludeando un rato y vos?”

“Recién llego a casa de lo de Conrad y me voy a poner a pintar un rato. Tengo unas entregas que hacer esta semana y no me queda mucho tiempo”.

“Qué estás pintando?”

“De todo un poco, querés que te muestre?”

“Dale”

Entonces Julia conectó la cámara web de su PC instalada en su habitación y le mostró por esa vía el último cuadro que estaba pintando, que se trataba de un auto retrato al estilo del barroco David Velázquez, naturalista y tenebrista. Sin embargo, la joven se destacaba con sus obras sobre paisajes impresionistas y post impresionistas, como los de Claude Monet y Vincent Van Gogh.

Por su parte, Manu, quien no contaba con demasiados conocimientos técnicos más allá de unas pocas clases que le había dado su amigo para aprender a tomar un pincel y crear colores en una paleta, elegía a los renacentistas; por lo que estos gustos lo colocaban más cerca de las obras de Julia que de las de Conrado, aunque jamás lo admitiría ante ninguno de ellos dos.

Lo cierto es que a Julia tampoco le agradaba el ensamblaje de objetos incongruentes como a su novio, a pesar de lo cual ella lo conseguía pintar con sumo

talento ya que era un requisito ineludible para poder cumplir con las tareas asignadas por sus profesores, quienes procuraban enseñarles a sus alumnos todos los estilos posibles.

Manu admiraba la pintura ya que la consideraba un arte extremadamente difícil al punto que su proyecto de pintar cuadros con distintos tipos de cielos -ya sea despejados, tormentosos, con nubes blancas, al amanecer o en el ocaso- fue muy breve porque nunca pudo tolerar la frustración de no lograr plasmar sus ideas en los immaculados bastidores que casi siempre terminaban destrozados en el cesto de basura.

El traductor solía ser una persona paciente, pero no para la pintura, por lo que rápidamente abandonó las clases que le daba su amigo, quien intentó convencerlo de que se trataba de un proceso de aprendizaje que llevaba tiempo, como la música, las demás artes y hasta los aspectos más esenciales de la vida misma.

V

Un inesperado viento del sur sopló durante toda la madrugada en Villa Alemana, lo que provocó un marcado descenso de la temperatura y, especialmente, del porcentaje de humedad. Ante este brusco cambio climático, Manu interrumpió su descanso y, con sumo esfuerzo y los ojos apenas abiertos, se levantó de la cama para ir a cerrar la ventana de su habitación en la posada *Los Sauces*, tras lo cual se volvió a acostar y soñó hasta que la claridad del alba comenzó a filtrarse por la gruesa cortina que no alcanzaba a obstaculizar la omnipresencia de la luz del este.

Manu había recurrido a dicha maniobra de cerrar la ventana no porque le molaste el frío; por el contrario, el creía que el frío ayudaba a las personas a fortalecer su carácter a pesar de que él nunca había vivido en un lugar con un clima hostil. Lo hizo porque simplemente deseaba seguir durmiendo destapado, fiel a su costumbre, la cual sólo se suprimía en las crudas noches de invierno, que cada vez eran menos frecuentes en el área metropolitana debido al calentamiento global.

Hasta no hace mucho tiempo, este hábito de dormir destapado le había traído ciertos problemas con Cecilia, su última pareja y única concubina, quien era una persona que dormía siempre tapada, incluso en verano, cuando ella solía encender el ventilador de techo o el equipo de aire acondicionado en el dormitorio para sentir frío y así poder cubrir su cuerpo con la sábana.

Sin embargo, esta diferencia a la hora de compartir la ropa de cama no había sido una de las razones de su separación con Cecilia, aunque para Manu todos los detalles como éste contaban a la hora de hacer un balance de la relación.

Pero aquella mañana en la posada, bastante distante en el calendario, como así también en el mapa, de los últimos fríos invernales en los que su ex concubina dormía

hasta con buzo y medias debajo de un grueso acolchado de pluma, Manu procuró no detenerse a pensar más de la cuenta en ella y engañar a su mente enfocándose en los anodinos detalles en la rutina del comienzo de su día, la cual implicó levantarse de la cama, asearse en el baño, vestirse con un short, una remera de mangas cortas y un par de ojotas cortas; y dirigirse al salón comedor para tomar el desayuno, aunque este no era un desayuno más, sino que escapaba a lo cotidiano ya que tenía previsto compartirlo con Ana, de quien no había tenido señales de vida hasta el momento.

Todavía es temprano y no tiene demasiado sentido que me avise que está en camino o a punto de llegar. Si ésta es como su casa, evaluó Manu una vez que estuvo sentado en una mesa para cuatro cerca de la ventana y de la mesada sobre la que se distribuían las bebidas y alimentos.

Y mientras aguardaba la llegada de Ana ojeó el libro que le había prestado Odek sobre la historia de la villa pero no pudo concentrarse ya que comenzó a preguntarse si aquella prefería dormir tapada o destapada.

Entonces depositó el libro a un costado, sobre el mantel de tela blanca, y miró los tres recipientes de cerámica colocados en hilera delante de su plato y taza, y en los que se encontraban las mermeladas caseras del día. La mañana anterior, Manu las había probado antes de que el polaco se acercara a explicarle el sabor de cada una de ellas con la intención de que él lo adivinase pero como no había acertado ni uno solo, esta vez optó por primero recibir la descripción correspondiente de parte de Odek y luego sí saborearlas. Además, tenía que esperar a Ana, así que se quedó quieto, con la mirada perdida hacia el frente, donde se ubicaba la tranquera a lo lejos y la puerta de entrada al comedor, el cual todavía se encontraba prácticamente vacío ya que los demás huéspedes continuaban descansando en sus respectivas habitaciones.

Y al ver al solitario traductor, el polaco se acercó hasta su mesa para cumplir con la explicación de rigor sobre las mermeladas.

-Hoy tenemos frutilla con ananá, manzana con arándanos y naranja con almendras -indicó Odek señalando los recipientes con un ligero movimiento de su mano, con los dedos extendidos y la palma hacia arriba-. Espero que te gusten.

-Si son tan buenas como las de ayer, seguro que sí -sonrió Manu.

-¿Te sentís bien? -preguntó el polaco al ver que tanto el plato como la taza del huésped estaban vacíos.

-Sí, sí -asintió Manu con la cabeza-. Es que estoy esperando a Ana para que desayunemos juntos.

-Ah, ok. Pensé que quizás te dolía el estómago y no ibas a comer nada.

-Por suerte, no. Me siento bien. Gracias.

-Entonces te dejo solo -Odek dio un par de pasos hacia atrás-. Calculo que Ana ya tiene que estar por llegar porque me tiene que traer una caja de mermeladas nueva.

-Sí, me dijo.

-Menos mal que el resto de los huéspedes aun no se levantó porque me quedé sin dulces de varios sabores -el polaco arqueó sus nutridas cejas del mismo rubio ceniza que su cabellera cortada al ras y su barba candado, y dio media vuelta.

Manu no supo qué decir y para no comprometer la situación de Ana guardó silencio y aprovechando que Odek regresaba hasta el mostrador de la recepción volvió a mirar hacia la tranquera a través del ventanal, al que parecía que le habían pintado un cielo celeste completamente despejado de fondo.

“¡Qué hermoso día!”, se dijo Manu y seguramente habrá pensado exactamente lo mismo la pareja de amigas que estaba desayunando al aire libre, en la mesa del porche, la que él hubiese querido ocupar primero y reservarle un lugar allí a Ana. “Todo no se

puede”, se resignó él aunque su rostro se iluminó inmediatamente después, y no debido a los rayos de sol matinal, sino al advertir que la mujer que estaba esperando acababa de cruzar la tranquera a bordo de su automóvil, el que estacionó justo detrás de la camioneta del dueño de la posada, en el garaje pasante lindante con el sector de la cocina.

Desde su mesa, Manu pudo ver como Ana descendió del vehículo con una pesada caja de cartón marrón y al pasar por delante del ventanal cruzaron una fugaz mirada con él, tras lo cual, ella se introdujo en la cocina por la puerta de servicio en vez de ingresar por la principal que conectaba con el comedor. Evidentemente, la mujer tenía bien acordado con el polaco cómo conducirse cuando ponía en práctica su rol de “proveedora” y no de “amiga”.

Por su parte, Odek al ver que Ana había llegado, abandonó el mostrador de la recepción y se dirigió directamente a la cocina, donde ambos permanecieron unos minutos, durante los cuales Manu, girando su cuello como una lechuza, no pudo apartar su vista de la arcada que separaba el comedor del pasillo que desembocaba en el resto de los ambientes.

La primera en salir de la cocina fue Ana, quien aceleró su marcha con pasos cortos hasta la mesa donde la aguardaba Manu, a quien saludó con un besa en la mejilla.

-Buen día -dijo él, sonriente.

-Buen día -replicó ella acomodándose en la silla.

-¿Todo bien?

-Sí, sí.

-¿Trajiste las mermeladas?

-Obvio. Sino, Odek me mataba, ¡Jajá! -Ana ladeó la cabeza hacia el mostrador para cerciorarse de que el polaco todavía seguía dentro de la cocina, probablemente preparando junto a su esposa los recipientes con los dulces recién llegados.

Luego, Manu se puso de pie y tomó las dos tazas:

-¿Qué querés tomar? Hay café, té, mate cocido y leche....

-Café con leche. Mitad y mitad, por favor -agradeció ella, quien tomó los dos platos del mismo color que las tazas y del mantel sobre el que estaban depositados y caminó hacia el extremo opuesto de la mesada, donde se encontraban las canastas con los distintos productos panificados, mientras que en el otro se ubicaban los altos termos plateados con las infusiones-. ¿Y vos que querés comer? El pan de nuez es excelente...

-Sí, ya lo probé y me encantó -dijo Manu al tiempo que apoyaba una de las tazas con café con leche sobre la mesada y llenaba la otra-. Lo que no me gustó mucho fue eso que llaman caracol -estiró el brazo libre en dirección a una bandeja ubicada junto a la canasta de medias lunas, de grasa y manteca, y de las rodajas de pan lacteado blanco e integral, donde se podía ver una especie de rosca de Pascuas cubierta de frutos secos.

-A mí tampoco me gusta -indicó Ana por lo bajo y acercándose hasta la posición de Manu, quien por el rabillo del ojo miró sobre sus hombros atraído por la muda presencia de Odek, quien había abandonado la cocina y ahora colocaba los recipientes con las mermeladas en cada una de las mesas.

-Si te vas a hacer tostadas de pan de nuez, haceme un par a mí también, por favor -Manu se dirigió a Ana entornando la mirada mientras caminaba lentamente para no derramar el contenido de las tazas, hacia la mesa.

-Ok -la mujer cortó cuatro rebanadas y las colocó de a dos en la tostadora eléctrica-. ¿Algo más?

-Sí, un par de medias lunas.

-¿De grasa o de manteca?

-Una y una. Son riquísimas.

Y mientras se terminaba de tostar el pan de nuez, Ana dejó sobre la mesa un plato con las dos medias lunas que quería Manu, quien a esas alturas ya había bebido un par de sorbos de su café con leche ya que se sentía mucha hambre y no podía esperar más para desayunar.

-Dale que se enfría -le dijo a Ana.

-Empezá sin mí, si querés. No hay problema -señaló ella.

Pero Manu estaba decidido a seguir comportándose como un caballero paciente, así que recién mordió la primera medialuna cuando la mujer ya estuvo sentada frente a él, con las tostadas listas. Y una vez que devoró esa factura -lo que le demoró apenas unos segundos- decidió atacar el pan caliente y crujiente y las mermeladas caseras.

-¡Qué bueno que están estos dulces! -Manu terminaba de masticar un bocado de su tostada con manteca y la mermelada violácea de manzana con arándanos-. ¿En serio que vos los hacés?

-Sí, en serio -Ana tenía la taza con su café con leche en alto, cerca de su boca y lo miró con asombro.

Manu meneó la cabeza mientras daba otro mordisco a la tostada y sonreía.

-¿Qué te causa gracia? -insistió ella tras beber un sorbo de su taza aun humeante.

-Es que nunca me hubiera imaginado que te dedicarías a la gastronomía artesanal -el traductor dejó el trozo de pan sobre el plato y se limpió la boca con la servilleta de papel-. Bah, toda esta situación me resulta un poco extraña.

-¿A vos solo? A mí, por momentos, me parece muy rara. Pero....

-No deja se sorprendernos -interrumpió él-, y eso está bueno.

-Seguro que sí –Ana tomó una tostada y la untó con el dulce naranja, que tenía almendras-. ¿Ya te explicó Odek de qué están hechos los dulces?

-Sí, es la ceremonia de cada mañana.

-¡Jajá! Lo hace con todos los huéspedes, sin falta -la mujer mordió un bocado pequeño, sin manteca-. ¿Y cuál es tu preferido?

-La verdad que no sé. Me gustan todos, pero el de tres sabores de ayer estaba bárbaro.

-¿El inglés?

-¿Se llama inglés? No me acuerdo del nombre.

-Sí, sí. Y está hecho con tres cítricos: pomelo, naranja y limón o mandarina.

-¿Cómo aprendiste tanto sobre cómo hacer estos dulces? –Manu bebió un sorbo rápido y luego se echó hacia atrás, apoyándose contra el respaldo de la silla.

-Me enseñó Laura, la esposa de Odek.

-Mirá vos.

-Cuando apenas llegamos a la villa con mi ex nos quedamos en la posada, hasta que pudimos alquilar la cabaña y en esa época Laura tenía un solo hijo y más tiempo para dedicarse a hacer los dulces y así me enganché.

-¿Y ella no hace más dulces? –Manu cruzó ambas manos sobre el extremo inferior de su estómago visiblemente abultado por el reciente excesivo consumo de harinas.

-Ya no. Desde que tuvo a su segundo hijo se dedica a ser madre y a encargarse de la parte administrativa de la posada.

-A mí me parece una mujer media misteriosa.

-¿En serio?

-Es que no me termina de cerrar.

-¿Por qué lo decís?

-Porque casi ni se la ve andar por la posada, salvo cuando sale a retar a los hijos que desordenan el living con sus juguetes o hacen lío en la pileta y molestan a los huéspedes.

-A ver –Ana se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos sobre la mesa-, si la vas a comparar con Odek las diferencias son evidentes: el es un tierno y super atento y ella es una parca que apenas te saluda. Pero no deja de ser una buena persona. Es cuestión de conocerla mejor.

-Entiendo –Manu tomó la taza y bebió el último sorbo de su café con leche-. Y contame más de los dulces.

-¿Qué querés que te cuente? –Ana alzó ambas palmas.

-Que se yo. Más detalles de cómo se preparan –se interesó el traductor.

Así fue que Ana le comentó que el primer paso para preparar cualquier tipo de dulce era elegir bien la fruta, la cual tenía que estar madura y no blanda, y también debía contar con un aroma y un color fuertes e intensos. El proceso posterior era más o menos el mismo: se pelaban, se quitaban los huesos y se troceaba o trituraba la pulpa (dependiendo de la fruta) para que espesase mejor. Luego se maceraba en una cacerola con azúcar para que suelte el jugo y en algunos casos se podía agregar jugo de limón para que no se oxidara. Este reposo podía prolongarse hasta un día –para lo cual había que guardar la cacerola en la heladera-, como en el caso de los duraznos, los cuales alcanzaban un rendimiento de 600 centímetros cúbicos cada 1 kilogramo.

Según Ana, el “paso fundamental” para que la mermelada quedase perfecta era la cocción del preparado a fuego lento hasta que rompiera en hervor, lo que demoraba entre una y tres horas dependiendo de la fruta y de la cantidad de agua que contuviera la

misma. Una vez finalizado el proceso, se dejaba enfriar el dulce y se conservaba en recipientes de cristal previamente desinfectados con agua hirviendo o un chorrito de vinagre. Y estos frascos debían quedar herméticamente cerrados.

La mujer le explicó a Manu que había frutas especiales para cada estación. Por ejemplo, la ciruela, la frutilla y el ananá eran las más populares en verano, cuando se podía preparar la conserva para el resto del año. Y a finales de esa misma época estaban listas las moras, pero estas no se utilizaban demasiado ya que solían ser muy delicadas y no soportaban el transporte, el calor y las manipulaciones; por lo que se recomendaba recolectarlas uno mismo y escoger las más enteras y brillantes. Otra opción era recurrir a las moras congeladas, pero para Ana no tenían el mismo sabor.

La manzana, en cambio, se destacaba mejor en otoño, al igual que el membrillo y el higo; y estos dos últimos, además de disfrutarlos en el desayuno, también se combinaban perfectamente con quesos y postres.

Mientras que tanto las naranjas como las peras se utilizaban sin problemas en cualquier época del año y, sobre todo, eran fáciles de combinar con otros sabores como la manzana, la frutilla y el durazno.

Y si bien no se trataba de una especialidad de Ana ya que no se vendían demasiado, también elaboraba mermeladas de hortalizas, como las de zanahoria y calabaza combinadas.

Pero más allá de todo esto, la fruta estrella de la región era el albaricoque o “damasquito serrano” -era más pequeño que el damasco común-, el cual crecía en el siguiente valle, especialmente en verano, y tenía un sabor dulce y una textura gruesa; aunque el mismo se podía afinar agregándole gelatina en polvo.

Esta mermelada era la preferida de los residentes de la villa, por lo que se comercializaban muy poco en el circuito turístico. De hecho, en la posada de Odek no se la servía a los huéspedes a excepción que estos así lo pidiesen.

La breve pero detallada explicación de Ana fue seguida con suma atención no sólo por Manu, sino por el propio Odek, quien desde atrás del mostrador de la recepción asintió disimuladamente cada vez que coincidía con los dichos de la joven. Y recién cuando la charla sobre los dulces concluyó, el polaco decidió intervenir en la conversación:

-Hoy el clima está ideal para ir a Gipfel.

Ana y Manu se volvieron inmediatamente hacia Odek, quien permanecía con la vista clavada en su anotador.

-Teníamos pensado ir a recorrer los arroyos del centro de la villa y después subir al Cerro de la Virgen –Manu se levantó de la silla y comenzó a caminar hacia el mostrador, mientras Ana lo siguió con la mirada desde la mesa.

-Eso lo pueden hacer cualquier otro día y no les va a llevar mucho tiempo –el polaco dejó de escribir y alzó la mirada hacia el huésped-. Además, esta noche seguro llueve y mañana Gipfel va a estar todo embarrado.

-Entiendo. ¿Y siempre es así de cambiante el clima de la villa?

-Yo vivo acá hace más de diez años y te aseguro que es el primer verano con tanta lluvia y humedad.

-¡Qué mala suerte la mía, che!

-Y si no te gusta el calor y la lluvia resulta muy pesado.

-Yo pensaba que el clima serrano era más estable.

-Lo es, o al menos lo era hasta el verano pasado. Por eso, yo, en su lugar, iría hoy a Gipfel, por las dudas –señaló Odek echándole un vistazo a Ana a la distancia.

-Yo no tengo problemas –dijo Manu volviéndose hacia la mujer, quien se acomodó en su silla, algo incómoda por haber acaparado toda la atención masculina del momento.

-Ok. Vamos hoy –sostuvo ella poniéndose de pie y comenzando a apilar los platos y tazas vacías, y a juntar las migajas y los trocitos de papel dentro de una canastita de mimbre ubicada en el centro de la mesa.

-¡Perfecto! –exclamó Manu, quien tomó un folleto sobre la excursión a *Gipfel* que halló en la repisa ubicada junto al mostrador, sobre una pila de papeles entre los que había volantes con información acerca de otros paseos interesantes en la villa y sus alrededores, y también de locales gastronómicos en los que se podía pedir comida a domicilio, lo cual resultaba bastante práctico ya que en la posada se permitía recibir *delivery* y utilizar el comedor y hasta la heladera de la cocina de sus dueños para guardar bebidas y alimentos.

-Bueno –Ana terminó de acomodar la mesa y se acercó hacia el mostrador-, entonces ponete unas zapatillas cómodas y una malla, prepará la mochila y vamos en mi auto –indicó a Manu, quien asintió en silencio.

-Pueden llevarse unos sándwiches de miga que hacen en la panadería de acá cerca –sugirió Odek-. Son grandes y económicos ¿Sabés dónde digo, Ana?

-Sí, sí. Ya los he probado –respondió la mujer.

-Todo resuelto –expresó el traductor iniciando el recorrido hacia su habitación con el libro y el folleto bajo el brazo-. Enseguida vuelvo y nos vamos, ¿sí?

-Dale. Te espero en el auto –se despidió Ana y, tras saludar al polaco con un beso en la mejilla, salió del comedor en dirección al Fiat 147 que descansaba bajo la

sombra de uno de los enormes sauces que se levantaban también en el jardín delantero, donde los dos ovejeros dormían plácidamente al rayo del sol.

La panadería austríaca que preparaba esos deliciosos y enormes sándwiches de miga estaba ubicada a pocas cuadras de la posada, donde la avenida principal hacía una curva y se conectaba con la ruta provincial de acceso a la villa. Manu esperaba que las empleadas lo atendieran con ropa tirolesa pero se tuvo que conformar con que lo hicieran con los simples sombreros y delantales color blanco, típicos de cocinero. Mientras ordenó dos unidades de jamón cocido y queso y otro tanto de crudo y queso con pan negro, y un agua mineral grande, Ana lo esperó en el auto, estacionado junto al cordón de la vereda con las balizas encendidas ya que estaba prohibido detenerse en ese preciso lugar.

Al abordar nuevamente el vehículo con el pedido, guardó los alimentos y la bebida en su mochila, la única que compartirían en la excursión para no cargar con demasiado peso.

-Ana, si no tenés ganas de manejar hasta allá podemos ir en micro. A mí me la lo mismo, eh –Manu se dirigió a la mujer que resoplaba con disgusto cada vez que al Fiat 147 le costaba arrancar más de la cuenta.

-No pasa nada, es una falla menor. Siempre la hace –respondió Ana, tajante.

-Ok. Igual, no lo decía por el auto, sino por vos. Para que no te canses manejando y te relajés.

-Estoy bien. No te preocupes.

-¿Estás segura que no querés que yo maneje?

-Sí, estoy segura. En serio.

-Al menos dejame pagar la nafta –insistió él depositando la mochila en el asiento trasero.

-¡Ni loca! Vos ya me invitaste el desayuno y la vianda. Así que ahora me toca a mí.

-Gracias, pero me gustaría pagar aunque sea la mitad.

-No es necesario pero si te hace sentir mejor...

-Y sí.

Ana asintió con la cabeza y puso el auto en movimiento por la avenida principal hasta la ruta provincial de acceso, por la que debían transitar unos 35 kilómetros en dirección noroeste hasta *Gipfel* por una calzada en buen estado y perfectamente señalizada que subía y bajaba por un ondulado terreno verdoso y con algunos bosques bajos que se ubicaban a una distancia prudencial de ambas banquinas.

-¿Te sentís bien? –Preguntó Manu al advertir un gesto contrariado en el rostro de Ana, quien hasta ese punto, a mitad de camino, había permanecido callada, escuchando la música que reproducía el estéreo del coche- Tenés una cara...

-Me duele la cabeza –Ana bajó el volumen del estéreo- y estoy un poco mareada, nada más.

-¿Todavía estas en pedo por toda la cerveza que tomamos anoche? -bromeó él, quien había bajado todo el vidrio de la ventanilla y apoyado su codo sobre el marco inferior de la misma.

-No creo. Si no tomamos tanto. Para mí que es este clima de alta presión que me abomba.

-Y es muy probable. Yo anoche me fui a acostar muy agobiado. Por suerte hoy refrescó.

-Es cierto. Pero allá arriba -Ana señaló la punta de los cerros que se veían en el fondo del paisaje, al final de la pendiente en “S” por la que subían cada vez más sobre el nivel del mar-, con el sol se va a poner más calentito. Especialmente después del mediodía.

En el camino primero cruzaron varios arroyos con orillas de piedras, entre ellos, el balneario principal del valle que contaba con playas de arena y paradores con vestuarios, sombrillas y hasta una cancha de vóley. Y al girar hacia el oeste y seguir ascendiendo pasaron por la entrada a Villa Suiza, otro lugar del que Manu se había quedado enamorado al verlo en fotografías, sobre todo, en época invernal ya que allí solía nevar con intensidad y el paisaje parecía un retrato de los Alpes.

-Quiero volver en invierno para ver como nieva en el valle –indicó él mientras dejaban atrás la Suiza serrana, un pueblo bastante más chico que la vecina Villa Alemana y donde prácticamente no había comercios y predominaban sólo los alojamientos para turistas que buscaban descansar en un sitio apartado y escondido entre los pinos y las laderas de los cerros.

-A mí no me gusta el frío, pero debo reconocer que es hermoso –Ana se volvió hacia Manu y éste notó que el semblante de la mujer mejoraba lentamente-. Aunque sin tanto *glamour* como en la cordillera patagónica.

-Es que acá no tenés pistas de esquí o *snowboard*.

-Exacto. No es un lugar tan *top* -sonrió Ana.

-Además, tampoco tenés los lagos azules que se complementan a la perfección con las montañas.

-Es verdad. Pero cada lugar tiene su propio encanto.

-Totalmente de acuerdo.

-El problema de estos pueblos chicos y agrestes es que cuando nieva mucho se corta la luz y hay caminos cerrados.

-Mirá que en las ciudades grandes del sur también pasa eso, eh.

-Yo nunca fui al sur en invierno. Sólo en verano.

-Yo fui tanto en invierno como en verano y prefiero como es en verano.

-¿En serio?

-Claro que sí. Mirá, si sos friolenta y no hacés esquí ni *snowboard* es preferible que te quedes acá. Total, podés disfrutar casi del mismo paisaje.

-De todos modos, en Villa Alemana no nieva tanto como en esta zona.

-Claro, acá estamos a una mayor altura.

-Por eso mismo.

-Igual, prefiero el clima serrano que el de la costa.

-Obvio. Aunque últimamente todo parece el trópico.

-¡Ufff!, sí.

La ruta terminaba en una gran playa de estacionamiento situada en la “base” de *Gipfel*, de donde partía un camino angosto de adoquines hasta el ingreso al pueblo. Allí, minutos antes del mediodía, Ana y Manu dejaron el Fiat 147, al igual que los demás visitantes recién llegados con sus respectivos vehículos y que no eran demasiados ya que el grueso de turistas ya había ascendido y comenzado la excursión, que incluía distintos paseos que variaban en extensión y dificultad, aunque todos coincidían en que podían llevarse a cabo sin guía, siguiendo unas simples instrucciones que se distribuían en folletos y la cartelería.

En el estacionamiento, Ana y Manu abordaron el mini bus que recorrió lentamente el camino hasta la entrada al pueblo, donde funcionaba una parada donde

descendían y ascendían los pasajeros que se turnaban para ocupar el mismo micro ya que el camino era de una sola mano y sólo se podía efectuar un viaje a la vez.

Desde la parada, los visitantes ya estaban en condiciones de iniciar el recorrido elegido a pie, por lo que Manu tomó la guía turística que le había facilitado Odek con algunas anotaciones y revisó las distintas alternativas.

-Como no arrancamos temprano, el polaco me recomendó el sendero de arriba, que es más corto -explicó Manu sin apartar la vista de la guía que tenía abierta en sus manos y que Ana, parada junto a él, miraba de reojo -¡Qué lastima que no salimos antes de la posada!

-Ya estamos acá, así que no perdamos más tiempo -indicó la mujer iniciado la caminata-. Vamos a hacerle caso a Odek.

Manu, aun molesto por la demora, guardó la guía en uno de los bolsillos de la mochila y siguió los pasos de Ana por el primer tramo del recorrido, el cual era exactamente igual para cualquiera de los paseos y que constaba en cruzar un ancho y largo puente de hierro sobre el río que atravesaba el pueblo de este a oeste y que recibía el agua de los distintos arroyos que descendían de los cerros.

El ímpetu inicial de Ana no duró mucho ya que apenas recorrieron parte de la calle empedrada que atravesaba el camping y los principales alojamientos -había hosterías, hoteles *boutiques* y cabañas- ella advirtió que había dejado su gorra en el auto y que el sol cada vez más intenso iba a aumentar su dolor de cabeza, por lo que decidió comprarse una en una de las tantas tiendas que vendían *suvenires* y otros adornos, y que se ubicaban a ambos lados del camino, parcialmente escondidos entre los árboles.

En realidad, Ana quería una gorra deportiva negra y de tela liviana como la que llevaba Manu ya que ésta combinaba mejor, tanto en el color como el estilo, con su

vestimenta, la que se constituía de una musculosa, un pantalón corto y una zapatillas de lona tipo botitas. Pero en los negocios no había del tipo de gorra que ella buscaba sino sombreros o gorras con viseras más anchas y gruesas que no le gustaron, ante lo cual, el traductor se compró una de estas últimas para él y le dio la suya a la mujer, que se lo agradeció encantada, como si fuese una niña que acababa de recibir un regalo.

“¡Qué molesta te ponés cuando no te sentís bien, eh!”, chicaneó Manu al retomar el paseo por el sendero superior, el cual se volvía más angosto y empinado a medida que avanzaban sobre una superficie terrosa e irregular.

A paso lento llegaron hasta un primer mirador construido en madera, donde Ana se sentó sobre una enorme roca ubicada a la vera del camino y a la sombra.

-¿Te volviste a marear? -preguntó Manu sentándose junto a la mujer, quien permanecía con la cabeza gacha y la frente apoyada sobre sus rodillas- ¿Tomaste algo?

-Sí, ya me tomé -respondió ella rodeando sus piernas con ambos brazos.

-¿Querés que volvamos? -Manu le acarició la nuca.

-De ninguna manera -la mujer levantó la cabeza de un solo movimiento-. No voy a hacerte perder este paseo que tanto querías hacer.

-Podemos volver otro día.

-¿Cuándo?

-Lo vamos viendo.

-Mejor seguí vos solo. Total, yo ya conozco este paseo.

-No pienso dejarte sola -Manu miró a Ana a los ojos.

-¿Y qué hacemos? -la mujer sostuvo la mirada por unos segundos hasta que volvió a apoyar la frente sobre sus rodillas- Porque me bajó la presión y me siento mal de verdad.

-Esperemos acá hasta que te sientas mejor y después seguimos el recorrido, despacio, tranquilos y cada vez que te vuelvas a sentir mal paramos.

-Ok. Gracias.

-¿Gracias? ¿Por qué?

-Por tenerme tanta paciencia.

Manu rió y dijo:

-Se nota que me conocés poco.

-Lo mismo digo.

-Pero te conozco lo suficiente –él se puso de pie e hizo unos pasos hasta un tronco tirado en el suelo, entre los yuyos, muy cerca de la roca donde Ana seguía reposando.

-Lo mismo digo.

-Ya sonás como un disco rayado, che.

-¡Jajá! –la mujer intentó ponerse de pie por sus propios medios, ante lo cual, Manu se acercó rápidamente hasta ella y la tomó de ambas manos para ayudarla.

-¿Estás mejor?

-Sí, sí -Ana se soltó de las manos de Manu y se irguió delicadamente, como en un paso de ballet-. Prometo que no voy a atormentarte más hasta el final del paseo.

-Ok. Trato hecho.

Al cabo de unos minutos, en los que Ana cumplió con su promesa guardando un celoso silencio, llegaron hasta un claro donde se ubicaba una diminuta capilla que tenía una estatuilla de la Virgen María en la puerta. Allí se detuvieron brevemente a tomar unas fotografías con sus *smartphones* y luego siguieron ascendiendo hacia la cascada por un camino sinuoso, con muchas raíces enormes que los obligaba a tener extremo

cuidado para no tropezar con ellas y rodar por el piso, el cual se encontraba bastante húmedo –y, por ende, resbaladizo- ya que la vegetación impedía el paso de los rayos solares y el viento.

Al parecer, la sombra y la frescura hicieron que Ana se sintiese mejor, por lo que no tuvo problemas en seguir los pasos de Manu, quien cada vez que se topaba con una gran roca y había que treparla primero lo hacía él y enseguida tomaba a ella de las manos y la ayudaba a reproducir la misma maniobra.

El ascenso fue dificultoso y bastante solitario ya que apenas estuvieron acompañados por las invisibles pero bulliciosas aves que se posaban en las ramas y las copas de los árboles que formaron una especie de techo ciego que se fue abriendo recién en el último tramo, cuando las piedras eran tan altas como una persona.

Al arribar a la cima, Manu advirtió que los demás paseantes ya estaban en la olla en la que caía una altísima cascada y que para llegar hasta el agua había que descender por una pendiente bastante peligrosa porque había demasiada gente para tan poco espacio, por lo que Ana decidió quedarse en lo alto y ver cómo él se las ingeniaba para bajar entre las rocas.

El traductor finalmente se impuso en la desigual lucha entre el Hombre y la Naturaleza y pudo alcanzar la orilla de la olla, donde se quitó las zapatillas y mojó sus pies cansados. Sentado sobre las piedras, Manu contempló extasiado aquel paisaje y si bien la mayoría de los paseantes se sumergían hasta el cuello, él prefirió no quitarse la remera ni mojar la malla.

Por su parte, Ana recién descendió de la cima tras una serie de insistentes pedidos de parte de Manu, quien quería que ella le tomase una fotografía con la cascada de fondo.

Luego de tomar la foto, lavarse las manos y mojarse la nunca, la mujer volvió a ocultarse del sol, mientras que el traductor la siguió enseguida y juntos emprendieron el descenso, el cual resultó bastante más fácil, excepto cuando se toparon de frente con personas mayores que tardaban en superar algunos de los obstáculos del camino que era apenas ancho para un peatón a la vez.

En poco minutos, Ana y Manu llegaron hasta el cruce de los dos senderos principales donde nacía, a su vez, una bifurcación hacia otras ollas más alejadas de la cascada y sobre un terreno más llano y accesible.

Aquí, ambos dudaron en seguir por la bifurcación o primero almorzar en la umbría de un bosquecito situado al costado de un restorán-parrilla, en el que ella pidió permiso para ir al baño a cambio de comprar una gaseosa con azúcar.

Mientras Ana estuvo en el *toilette*, Manu despejó las dudas y preparó el picnic sobre las dos lonas que llevaba en la mochila, el agua mineral todavía fría y los sándwiches de la panadería austríaca, y cuando ella regresó del baño no opuso ningún reparo y con gusto se sentó a comer.

La comida abasteció de energías de ambos, lo que mejoró el estado de ánimo y físico de la mujer, quien después del almuerzo volvió a utilizar el *toilette* y propuso continuar la excursión hacia las otras dos ollas, de las que estaban separados por un trayecto corto durante el que ella volvió a permanecer en silencio a pesar de que parecía estar pasándola bien, por lo que Manu decidió seguirle el juego un rato más.

Una vez que llegaron al nuevo destino, la pareja se encontró con una gran cantidad de bañistas, por lo que decidió volver sobre sus pasos hacia el sendero inferior y bordear el arroyo que atravesaba una arbolada baja y más espaciosa, donde sí hicieron una larga pausa para descansar sobre las rocas y junto al agua.

Y mientras Ana se recostó sobre una lona, colocó sus brazos detrás de la nuca y cerró los ojos, como si fuese a tomar una siesta; Manu caminó de un lado al otro, procurando no molestarla y tomando más fotografías ya que desde algunos claros de la arbolada se tenía una perfecta visión de la cumbre principal, la cual le resultaba imponente.

Al traductor le hubiese encantado ascender a dicha cima pero el sendero era extenso y no contaban con el tiempo suficiente, por lo que una vez que Ana se sintió completamente recuperada, y viendo que el cielo comenzaba a nublarse, decidieron descender y emprender el regreso.

El poco auspicioso cambio en el clima derivó que, al igual que la pareja, la mayoría de los paseantes optaran también por dar por concluida la excursión, ante lo cual, la parada del mini bus se congestionó enseguida.

Pero como Ana y Manu habían descendido antes que el resto estuvieron al frente de la fila y así pudieron partir en el primer micro que bajó hasta la playa de estacionamiento donde, a diferencia de lo que ocurría arriba, la tarde continuaba soleada.

-Menos mal que nos quedamos porque estuvo buenísimo el paseo –dijo Manu una vez que él y Ana estuvieron ubicados en un asiento doble, a bordo del mini bus-
¿Vos la pasaste bien?

-Sí, sí –respondió la mujer, quien iba sentada del lado de la ventanilla y apoyó su cabeza sobre el hombro izquierdo de Manu-. Salvo al comienzo cuando me sentí realmente mal...

-¿Y ahora como te sentís? –Manu arrimó su boca hasta el oído derecho de la mujer, que miraba hacia el exterior del mini bus.

-Bárbaro –señaló Ana y después cerró los ojos para dormir hasta que llegaron hasta el estacionamiento y abordaron el Fiat 147.

En esta ocasión, Manu no dejó que ella se ubicara detrás del volante y a pesar de que él no llevaba consigo el carnet reglamentario, condujo de regreso a Villa Alemana. Entonces, la mujer aprovechó para seguir descansado, ahora con la cabeza apoyada contra el marco de la ventanilla baja del auto, recibiendo el viento en el rostro y en su cabellera.

-¡Pará!, ¡pará! –exclamó Ana, de repente, al observar que transitaban por un tramo elevado de la ruta, cruzando el río.

-¡¿Qué pasó?! –Manu comenzó a disminuir la velocidad- ¿Te volviste a marear? ¿Quieres vomitar?

-No, nene –Ana se sentó con el tronco erguido-. Tranquilo.

-¿Entonces?

-Pará el auto así puedo sacar una foto de la cumbre desde acá –la mujer tomó su *smartphone*-. Es la mejor vista.

Ana tenía razón. Desde el puente se podía ver hacia atrás como esa cinta de agua, que emergía de las piedras y las bañaba suavemente, serpenteaba a través de la espesura del bosque y luego se abría paso por la llanura verde del valle hasta desaparecer adentro de las sierras lejanas, coronadas por los últimos rizos dorados del atardecer, mientras que en sus laderas se dibujaban las sombras irregulares de las nubes que adornaban el cielo que, de a poco, iba dejando de verse celeste.

“Perfecto”, susurró Manu al detener el auto sin apartar sus manos del volante y sintiéndose maravillado como pocas veces antes en su vida, lo que quedaba en evidencia a través del centellante brillo que en ese momento inundaba sus ojos.

-¿Hacemos algo a la noche? -preguntó Manu mientras conducía por las calles de Villa Alemana, de regreso a la posada.

-No sé –Ana se rascó la frente-. Estoy cansada y todavía me duele un poco la cabeza.

-Podemos hacer algo tranquilo. Sin salir a ningún lado en especial –el conductor procuraba no apartar la vista de la calle que comenzaba a ser alumbrada por las luces artificiales de los faroles municipales y de los demás vehículos que transitaba por allí.

-Eso sí podríamos hacer.

-¿Querés quedarte en la posada y pedimos algo para cenar? Ya casi es de noche –Manu giró la cabeza hacia la ventanilla baja y observó el cielo cubierto y completamente a oscuras.

-Mejor venís vos a cenar a la cabaña –Ana miró al conductor, expectante.

-¿Segura?

-Sí, sí. Carolina ya se habrá ido con los padres, así que nadie nos va a molestar.

-¡Dale!

-Es más, yo cocino.

-Pero si te sentís mal no te molestes –Manu bajó la palanca de cambios y con la misma mano palmeó a la mujer en el muslo, justo sobre la parte que no llegaba a cubrir su *short*.

-No me molesta en absoluto –Ana posó su mano sobre la de él-. Quedate tranquilo.

-Bueno, vos encárgate de la comida y yo llevo el vino.

-Me parece bien.

Manu salió de la avenida principal y dobló en la calle que desembocaba en *Los Sauces*.

-Ahora cuando llego a la posada me baño, me cambio y salgo a comprar también el postre. Y después voy para la cabaña, ¿sí?

-Avisame cuando estés listo y te paso a buscar.

-¡No!, dejá. Vos explicame como llegar y voy solo. Así podés dedicarte a descansar un rato y cocinar sin apuro.

-Como quieras -Ana respiró aliviada ya que no le causaba demasiada gracia hacer las veces de remisera.

-Voy por mi cuenta, en serio -afirmó Manu justo antes de detener la marcha del auto frente a la tranquera de la posada, detrás de la cual, el polaco charlaba con otros huéspedes que también acababan de arribar en su vehículo.

-Ok -asintió Ana inclinando la cabeza hacia adelante-. Preguntale a Odek cómo llegar. Él seguro te va a explicar mejor que yo.

-Listo -Manu apagó el motor y saludó al encargado de la posada con un movimiento de la mano, al igual que Ana, tras lo cual, Odek se alejó caminando despacio y a la par de los huéspedes, de espaldas al Fiat 147.

Al cabo de unos segundos, una vez que se cercioró que su amigo ya estaba dentro de la recepción y no alcanzaba a verla, Ana arrimó su rostro al de Manu y lo besó en la boca.

-Gracias por un hermoso día. La pasé genial -dijo ella apartando lentamente sus labios de los de él.

-Yo también -coincidió Manu procurando mostrarse sereno a pesar de que en ese momento una descarga eléctrica recorrió cada centímetro de su cuerpo y la adrenalina le aceleró el corazón al punto de que éste parecía salirse de su pecho.

-Chau -Ana abrió la puerta y puso un pie en el suelo-. Después nos vemos.

-Dale –Manu descendió del auto y sostuvo la puerta abierta hasta que ella hizo un rodeo por adelante del vehículo y se ubicó en el asiento del conductor-. En un rato voy para allá –el traductor cerró la puerta y a diferencia de la noche anterior, en vez de quedarse parado viendo cómo Ana se iba a bordo de su Fiat 147, ingresó rápidamente a la posada y si bien lo hizo caminando llegó a sentir que sus músculos daban brincos en el aire.

Minutos más tarde, Manu estaba dándose una ducha en el baño de su habitación, donde sonaban unos clásicos del *brit pop* de los `90 reproducidos por su *smarphone*, los cuales fueron interrumpidos abruptamente por una llamada entrante, la que él no llegó atender ya que había dejado el aparato sobre la cama. Pero antes de que terminara de bañarse, el teléfono volvió a sonar y en esta vez sí atendió: era Ana.

-Tengo malas noticias –arrancó ella, seria.

-¿Qué pasó? –preguntó Manu, quien en una mano sostenía el celular y en la otra la toalla con la que se secaba la cabellera.

-Los padres de mi amiga se fueron pero ella se quedó.

-¿Por? –el traductor arrojó la toalla sobre la cama y se sentó a los pies de la misma.

-No sé bien –Ana meneó la cabeza, disgustada-. Se le complicó con el trabajo así que esta noche está acá.

-¿Entonces cancelamos la cena?

-Yo preferiría que sí ¿Te molesta?

-Digamos que no era la forma de pasar la noche que tenía pensada, pero si vos estás de acuerdo, yo también.

-Te diría de ir a comer a la posada pero estoy realmente cansada. Fue un día largo. Y sigo sin sentirme del todo bien.

-Entiendo. No hay problema.

-No es una excusa lo de mi amiga, eh –aclaró ella.

-Eso espero. Si no voy a pensar que me tenés miedo –ironizó él, tal como solía hacer antes las habituales idas y vueltas de Ana.

-¿No vas a creer que es mentira que mi amiga no se fue?

-A ver... es una posibilidad, poco probable, pero lo es.

-¡Qué malo que sos!

-Dejame terminar.

-Ok.

-Creo que es poco probable porque confío en lo que vos me decís –explicó Manu, quien consideraba que Ana podría haber mantenido el plan y sumar a su amiga a la cena, total a él no le hubiese molestado compartir la comida con una tercera persona, siempre y cuando ésta propiciase al final de la velada un momento de privacidad para los otros dos.

Pero el traductor no se animó a decir esto en voz alta, del mismo modo que ella tampoco intentó ponerlo en práctica, dejando abierta la posibilidad de que más allá de la presencia o no de Carolina, Ana se había arrepentido de haber acordado volver a verlo esa noche.

-Está bien –se relajó Ana, quien, al igual que él, no tenía en ese momento manera alguna de comprobar lo que sí estaban diciéndose.

-Además, hoy estuvimos todo el día juntos y la pasamos bárbaro.

-Tal cual.

-Y ese beso en el auto estuvo mejor todavía.

-¡Qué tonto!

-En serio.

-Bueno, me alegro que pienses así.

-Yo también.

-Entonces, mañana nos vemos y prometo llevarte a recorrer los arroyos del centro de la villa y ascender al Cerro de la Virgen, como vos querés.

Mañana, siempre mañana. Ya me estoy cansando, pensó él, resignado.

-Ok –dijo Manu y antes de despedirse agregó:- Che, ¿te diste cuenta que esta debe ser la quinta vez que hablamos por teléfono desde que nos conocimos?

Ana hizo una pausa y contó mentalmente.

-Puede ser. Porque siempre nos comunicamos por mensaje de texto, MSN y ahora *Whatsapp*. ¡Qué relación extraña! Muy virtual, ¿no?

-Más extraño aun es que hasta esta visita mía, nos habíamos visto en persona sólo cuatro veces.

-¡¿Cuatro veces nada más?! –se sorprendió la mujer.

-Sí, sí: nuestras tres primeras citas y la cuarta fue en 2011, cuando te encontré de casualidad en el banco en el que trabajabas.

-¡Cierto! Y esa vez vos ya estabas con tu mujer.

-Con Cecilia.

Y yo estaba soltera, se dijo ella y luego pronunció en voz alta:

-¿Y estás seguro que nunca volvimos hablar por teléfono?

-Seguro. Porque recién volvimos a hablar, pero por *Whatsapp*, en 2014, cuando yo te agregué a mis contactos y vos me escribiste sin saber quién era yo.

-Ahora me acuerdo. ¡Qué buena memoria!

-Recuerdo que yo recién me había separado y te avancé, pero vos me frenaste el carro enseguida y me dijiste que estabas en pareja.

-Claro, yo ya estaba con Juan.

-Y después no hablamos más por *Whatsapp*, excepto para tus dos últimos cumpleaños que yo te mandé saludos.

-Pero después de mi último cumpleaños empezamos a hablar más.

-Obvio, porque vos te habías separado de Juan.

Siempre a destiempo, concluyó él.

Nunca sincronizamos, sentenció ella.

-Bueno, Manu. Me voy a acostar porque estoy molida.

-Está bien. Que descanses.

-Vos también.

-Beso.

-Beso.

Tras cortar la comunicación, Manu se recostó en la cama tal como había salido de la ducha y apenas apoyó el celular en la mesita de luz y la cabeza sobre la almohada escuchó un trueno que estremeció su cuerpo desnudo, que ya había dejado de dar brincos en el aire, mientras un rayo poderoso iluminó todo el jardín de la posada. Y segundos después cayeron las primeras gotas de lluvia que se precipitaron durante el resto de la noche. “Parece que Odek no se equivoca nunca”, se dijo.

VI

Manu salió velozmente de su departamento, bajó dos pisos por las escaleras prácticamente a la carrera y casi al mismo ritmo cruzó la puerta principal del edificio, construida en hierro negro y con un tejido de rombos de igual material y color que permitía el paso del aire y de la luz pero obstaculizaba la visión lo suficiente como para mantener con cierta privacidad lo que ocurría en el interior del inmueble, ubicado sobre una de las últimas calles empedradas del barrio, lo que al traductor le rememoraba los coloniales adoquines porteños. En la esquina había una plaza con un pequeño anfiteatro, un sector de juegos para niños y una cancha de fútbol rodeada por un alambre para que los jugadores no molestasen al resto de los presentes en aquel predio verde, repleto de viejos árboles. Y al otro lado de la plaza se situaba la Iglesia que funcionaba en una construcción del tipo alpina con altos ventanales decorados con vidrios multicolores.

Ya estaban encendidos los faroles de los postes de alumbrado público cuando el joven terminó de dar una clase particular en su domicilio, cuyo comienzo se había retrasado por culpa de su alumno, mejor dicho, de los padres de éste que no solían respetar la misma puntualidad que le dedicaban a la escuela, por lo que ahora corría riesgo de llegar tarde a su cita con Ana, para la cual, primero debía recorrer seis cuadras hasta la parada para tomar el colectivo exprés que iba por autopista hasta Capital, donde tenía previsto pasar a buscar el auto de su padre por la casa de su familia.

Manu había acordado con la chica, vía mensajes de texto por celular, que se encontrarían en el shopping donde ella trabajaba, en Avellaneda, para luego ir al cine. Y si bien él podría haberse dirigido directamente hasta el centro comercial en colectivo y así ahorrarse dos tercios del viaje, quería impresionar a Ana movilizándose en un auto

particular, lo que también le permitía tener más y variadas opciones para seguir la velada en otro lugar una vez terminada la película.

Además, ir al cine un día de semana a las salas del shopping donde ella acababa de terminar su jornada laboral no era lo ideal, pero resultó la única oferta que Ana le terminó presentando a Manu en una serie de interminables charlas por MSN en las que ambos intercambiaron sus respectivos números de celular y ella aclaró que por esos días estaba “muy ocupada” estudiando y con “muchos quilombos” familiares, por lo que, según ella, no disponía de demasiado tiempo libre.

Debe tener otros planes para el fin de semana. Probablemente con otro tipo, pensó Manu, quien, de todos modos, se sentía conforme con que al menos Ana haya aceptado salir a solas con él, aunque sea una noche de miércoles como aquella, faltando casi un mes para la llegada del invierno, cuando los días parecían más cortos de lo que realmente eran.

Una vez a bordo del colectivo, que a esa hora y en sentido hacia Capital presentaba varios asientos libres ya que iba con muy pocos pasajeros, Manu se preocupó porque no estaba seguro si había dejado todo cerrado y en orden en su departamento antes de salir tan apurado y con la mente puesta en otro lado.

Su departamento de dos ambientes y 48 metros cuadrados constaba de una sala de estar con una cocina ubicada contra la pared lateral izquierda, una mesa redonda chica y cuatro sillas en el lado opuesto, y un poco más adelante, siempre sobre la derecha, un sillón de dos plazas enfrente al televisor colgado del muro. Mientras que en la pared del fondo había una puerta ventana con un balcón francés mirando hacia el norte. En tanto, pasando la cocina había un distribuidor que conectaba hacia la habitación del fondo, un baño en el centro y junto a éste, un reducido lavadero a puertas cerradas donde funcionaba el termo tanque y el lavarropas.

El edificio era relativamente nuevo y el espacio en cada una de las unidades de dos ambientes era suficiente para que viviera una persona y su pareja, pero apenas alcanzaba cuando su morador, en este caso Manu, lo utilizaba para trabajar, por lo que siempre se esforzaba para mantener todo limpio y en orden, especialmente en la sala de estar, donde daba clases, a veces con un pizarrón desmontable, y la cocina. En cambio, la habitación era el único sector que quedaba fuera de la vista de los visitantes, lo que le permitía relajarse y dejar la ropa tirada o amontonada y/o la cama deshecha.

A Manu realmente le gustaba ese departamento ya que estaba bien ubicado, en un barrio de casas bajas, con amplios jardines, arboledas, cerca del colegio, del transporte público y del centro comercial de *Trevithick*. Su sector preferido dentro del hogar era sentarse en el sillón, junto al ventanal, donde pasaba muchas horas leyendo, incluso sin llegar a encender el televisor con el que veía poco cable y más películas en DVD. Mientras que el principal defecto que encontraba era la delgadez de las paredes, lo que posibilitaba escuchar todo lo que hacían sus vecinos, entre ellos, un matrimonio joven y sin hijos con una actividad sexual intensa, lo que en ocasiones llegó a darle un poco de vergüenza al punto que una madrugada decidió salir a dar un paseo para dejar de oír los gritos, jadeos y exclamaciones de placer.

¿Cerré la puerta del departamento con llave? ¿Y la del edificio? Bueno, que de esta última se encargue alguno de los otros vecinos. ¿Apagué las luces? La cocina seguro que sí porque sólo la usé para calentar un poco de agua para el té en toda la tarde. Y el baño lo sequé, pero no me acuerdo si alcancé a dejar las toallas mojadas en el lavadero. Ya fue, si llego a tener suerte y llevo a Ana al departamento, la dejo un rato sola en la sala de estar mientras le pego una ordenadita al baño y a la pieza, por las dudas.

Todas estas preguntas, respuestas y dudas revolucionaron la cabeza de Manu durante el viaje en colectivo hasta Capital, por lo que de tanto pensar y pensar, el trayecto se le hizo corto.

Tras descender del ómnibus en el cruce de dos avenidas, junto a la traza de la autopista, Manu caminó unas doce cuadras hasta la casa de sus padres, Néstor y Leonor, quienes residían allí junto su hermana menor, Agustina, en el corazón de un barrio de raíces candomberas, el cual a simple vista parecía sucio y roto, pero que de alguna manera difícil de explicar conservaba su encanto, el que solía atraer especialmente la atención de los turistas extranjeros que recorrían las veredas repletas de baches y baldosas sueltas con sus costosas cámaras fotográficas colgando del cuello, sobre todo, los domingos, cuando había una gran feria que ocupaba varias cuadras con *stands* en los que se vendía de todo, principalmente, ropa, accesorios, comida, adornos y libros, en su gran mayoría referidos a la historia rioplatenses y el tango.

Pero esta situación tan ventajosa para la actividad comercial se veía cada vez más empañada porque los visitantes no conocían el país y sus malas costumbres y, faltos de recaudos, cometían algún descuido en el que los ladrones les arrebataban sus pertenencias electrónicas, como las cámaras y los teléfonos celulares.

En medio de ese submundo porteño –cada barrio parecía tener el propio y por eso la Capital ofrecía un abanico de variantes, muchas veces, con marcadas diferencias entre sí-, se ubicaba el domicilio de los padres de Manu: una típica casa chorizo, antigua y que el matrimonio fue restaurando, con mucho esfuerzo, durante años. La misma contaba con un patio lateral en el que desembocaban a través de sus respectivas puertas ventana los demás ambientes distribuidos en hilera y conectados entre sí, excepto por el baño, situado en el centro del inmueble. Además, desde ese patio con galería se extendía hasta la calle un largo y angosto pasillo que bordeaba la casa vecina ubicada en la parte

delantera del mismo terreno y que tenía su propia entrada que daba a la vereda, sobre la línea municipal.

Los padres de Manu vivieron allí desde que se casaron y como el inmueble no contaba con cochera, alquilaban un garaje ubicado a la vuelta para guardar su auto particular, que actualmente era Corsa modelo 1998, con equipo de GNC, el cual habían adquirido unos cinco años antes, cuando el vehículo tenía pocos kilómetros recorridos. Sin embargo, en apenas un lustro, Néstor había duplicado el rodaje del coche ya que tenía que atender asuntos laborales tanto en la Capital como en el conurbano, además de compartirlo ocasionalmente con su esposa e hija, aunque Leonor ya casi no salía de la casa por cuestiones de salud y Agustina prefería andar en el coche de su novio.

Manu llegó a la casa de sus padres en momentos en que sólo se encontraba presente su madre y al ver que ésta no se hallaba en el living comedor ni la cocina, supuso que descansaba en su dormitorio antes de preparar la cena, y como él andaba con el tiempo justo se dirigió directo al baño para darse una ducha, aunque como en su vieja habitación -devenido a una especie de estudio u oficina ocupado por Néstor y sus montañas de carpetas y papeles- ya no quedaba ninguna de sus prendas de vestir, luego del aseo, que no se prolongó más de diez minutos, volvió a colocarse la misma ropa que llevaba puesta.

Por su parte, Leonor no dormía cuando llegó su hijo, por lo que apenas escuchó los ruidos que anunciaban la presencia de Manu en la casa, se levantó de la cama y se dirigió primero a la cocina para calentar la pava para el mate y después al living comedor para servirlo justo para cuando el joven saliese del baño.

-Hola má -Manu besó a Leonor en la mejilla y se sentó junto a la mesa en la que ella, ubicada enfrente de él, cebaba mate.

-Hola hijo, ¿cómo andas? -la mujer le alcanzó el mate, el cual lo tomaba amargo excepto el primero, al que le colocaba una cucharadita de azúcar para cortar la acidez.

-Bien, bien -Manu dio un fuerte sorbo de la bombilla y sintió como el agua caliente cobijaba su garganta reseca por el frío y el excesivo uso que le había dado a su voz durante una larga jornada laboral con decenas de alumnos que difícilmente se callaban si él no insistía en que así lo hiciesen-. Un poco apurado, nomás.

-Como siempre -Leonor recogió el mate vacío y cebó otro para ella.

-¿Y qué querés que le haga, má? -Manu miró a su madre encogiéndose de hombros-. Tengo mucho que hacer.

-Entonces, ¿cuándo te vas a comprar un auto? -Preguntó Leonor devolviéndole el mate a su hijo-. Así no tenés que depender de tu padre.

-Cuando tenga la plata -se molestó Manu. Miró quién habla, pensó después de acabar su mate y regresarlo a la cebadora deslizándolo como una bola de boliche sobre la madera de la mesa, la cual en breve iba a pasar a estar cubierta por alguno de los manteles de tela utilizados por Leonor a la hora de la cena.

-No hace falta que te compres un cero kilómetro. Podés buscarte uno usado, como el de tu papá, ¿no? -insistió la mujer con su habitual tono de voz dulce que disimulaba la verdadera intensidad e intención de sus expresiones.

-¿Por qué los padres pretenden que sus hijos sean como ellos, eh? -Se preguntó Manu con una mueca de disgusto-. La verdad es que no lo entiendo.

-Que te compres un auto usado no quiere decir que seas como tu padre. Me parece que estás mezclando las cosas... -Leonor hizo el mate y la pava a un costado y se cruzó de brazos.

-Puede ser -Manu esquivó la mirada penetrante de su madre y ojeó la puerta de entrada, esperando que Néstor apareciera de una buena vez y le diera las llaves del auto-
. Igualmente, no me refería solamente al tema del auto.

-Lo sé -Leonor estiró su brazo derecho hasta apoyar su mano sobre la de su hijo-
. Pero eso no quita que crea que ya es hora de que superes las viejas diferencias.

-¡¿Yo?! -Manu se señaló al pecho con ambas manos-. Él es quien me las echa en cara cada vez que puede.

-Bueno, bueno. Vos ya sabés como es tu padre: un viejo cabeza dura. Pero vos no tenés por qué terminar siendo así.

-¡Uy, Dios! ¡¿Quién los entiende?! -Manu rió nervioso-. Primero te dicen que seas como ellos y después te dicen que no.

-Es que tenés que tomar lo bueno y desechar lo malo. No es tan difícil de entenderlo, hijo.

-Lo mismo me dice él. Pero el problema es que él cree que yo deseché lo que me ofrecía porque lo consideraba algo malo. Y no es así -Manu se dejó caer contra el respaldo de la silla.

-Ya lo sé -Leonor también se echó hacia atrás sobre su asiento al advertir que su hijo había instalado cierta distancia entre ambos.

-Simplemente elegí lo que a mí me gustaba más -explicó él pasando la palma de su mano por la frente y ladeando la cabeza. Además, pensó, yo no soy como Agus que hace todo lo que él quiere.

-Te entiendo perfectamente. Por eso mismo no mezcles ese tema con lo del auto porque no tienen nada que ver. Lo mío fue una sugerencia, nada más.

-Ok. Gracias, má -asintió Manu, que sabía perfectamente que así como su hermana Agustina era la preferida del padre, él era el preferido de su madre.

Leonor retomó la cebada de mate y mientras ella y su hijo compartían un momento más relajado Néstor llegó a la casa y, tal como lo hacía a diario, dejó sus llaves de la puerta de entrada sobre la repisa baja ubicada debajo del televisor y su maletín en una de las dos sillas que nunca se utilizaban, salvo cuando había alguna reunión familiar con seis comensales, lo que ocurría como muy poca frecuencia.

-Buenas... -dijo el hombre inclinándose para besar a su esposa en los labios, tras lo cual rodeó la mesa y saludó a su hijo con un apretón de manos-. ¿Todo bien? ¿Qué hacían? -Néstor se sentó en la cabecera de la mesa, como de costumbre.

-Todo bien -respondió Manu.

-Acá estamos, charlando -señaló Leonor acercándole a su esposo un mate recién cebado-. Decime si está frío o lavado así lo mejoro, aunque en un rato ya va a estar la cena.

-Me tomo uno y espero la comida. No te preocupes, amor -indicó el hombre antes de llevarse la bombilla a la boca.

Luego de beber, Néstor buscó en uno de los bolsillos de su pantalón las llaves del auto y se las alcanzó a su hijo, quien las tomó enseguida.

-Gracias, pá -reaccionó Manu poniéndose de pie.

-¿Cómo? ¿Ya te vés? -Néstor arqueó el entrecejo mirando primero a su esposa y después a su hijo.

-Es que estoy apurado -Manu caminó hasta la posición de su padre, inmóvil en su silla, y lo palmeó en el hombro-. Otro día con más tiempo, y que esté Agustina, me quedo a cenar.

-¿Y Agus? -Néstor se dirigió a Leonor mientras Manu dio un par de pasos hacia atrás y permaneció de pie junto a la mesa, entre su padre y su madre.

-Se quedaba en lo del novio -respondió la mujer.

-Ah, ok -asintió Néstor.

Claro, a ella no le critica que no está en la casa, pero a mí me pone cara de culo, pensó Manu.

-Bueno -dijo el joven frotándose las manos-. Me voy -Manu saludó a su madre con un beso en la frente y volvió a palmear a su padre en el hombro-. Después nos vemos.

-Mirá que mañana necesito el auto a más tardar al mediodía, eh -señaló Néstor al tiempo que su hijo caminaba hacia la puerta dándole la espalda.

-Sí, ya me lo dijiste -Manu se volvió hacia su padre-. Mañana al mediodía el coche va a estar en el garaje, quedate tranquilo.

-Y hablando del garaje -Néstor alzó su mano derecha con el dedo índice extendido-. Ojo cuando entrás el auto porque están robando mucho por el barrio.

-Ya me dijiste eso también, pá -refunfuñó Manu, quien sabía perfectamente que además de los ladrones que asaltaban a los turistas distraídos también estaban los delincuentes armados que se ocultaban en las casas del barrio tomadas por inmigrantes ilegales, adonde la Policía no se animaba a entrar sino lo hacía en gran número, y sustraían vehículos que luego vendían por poco dinero en efectivo en algún desarmadero del primer cordón del conurbano.

Manu estacionó el Corsa en el sector de la playa lindera al vidriado complejo de salas de cine, el cual le resultaba semejante a un deforme muro de espejos contiguo al resto del shopping donde funcionaban los locales comerciales y el patio de comidas, entre otros servicios, como el de los juegos electrónicos y el *bowling* que servían de pulmón entre un edificio del otro y estaban conectados por un ancho pasillo.

Antes de bajar del auto, el traductor escribió un mensaje de texto a Ana: “Ya llegué.”, a lo que ella respondió instantes después: “Ok. Te veo en la entrada de los cines.”

Manu caminó por el prácticamente desierto estacionamiento hasta la entrada de los cines, cruzó las puertas de blindex corredizas y que activaban automáticamente mediante sensores de movimiento, y se sentó a esperar en un banco circular recubierto con la misma tela multicolor que el piso del que se levantaba una fastuosa serie de escaleras fijas y mecánicas que llevaban hasta un segundo nivel donde precisamente funcionaban las diferentes salas, las cuales habían contado con una tecnología de última generación al momento de su inauguración, hacía una década cuando no había otras del mismo tipo en la zona, aunque ahora estaban retrasadas en comparación con las más nuevas que se habían abierto en otros puntos comerciales del área metropolitana. De hecho, los complejos actuales no necesariamente funcionaban de la mano de un shopping o un hipermercado, como sus predecesores de los '90, sino que consistían en una unidad de negocios aparte y completamente independiente.

Cruzado de piernas, Manu pasó varios minutos con la vista clavada en la pantalla de su celular hasta que al fin levantó la cabeza y al enfocar hacia el pasillo que atravesaba de costado el salón de juegos y desembocaba en el patio de comidas alcanzó a ver a Ana, quien caminaba hacia él, presurosa.

La joven llevaba puesto una campera de cuero marrón, debajo de la cual lucía una camisa negra, del mismo color que las botas que cubrían hasta casi debajo de las rodillas su pantalón de jean azul oscuro. Y de su hombro derecho colgaba una cartera del mismo material que la campera pero de un tono un poco más claro, tipo Camel.

Ana llevaba el pelo recogido con un rodete y dos mechones lacios caían desde ambos extremos de su flequillo, deslizándose por sus sienas hasta sus pómulos como

una pinza capilar que atraía la atención de los observadores, como en este caso Manu, hacia su mirada achinada.

Al ver a la joven tan perfectamente arreglada, el traductor sintió que él podría haberse vestido mejor, aunque intuía que esa noche las apariencias no iban a resultar tan determinantes como suelen ser en una primera cita. Y esta ya era la segunda.

Ana y Manu se saludaron con un beso en la mejilla, durante el cual, él apenas posó su mano fugazmente por el hombro de ella, quien mantuvo sus dos manos apretando la correa de su cartera. Y enseguida ambos caminaron a la par hacia el ala sur del complejo, donde estaba la cartelera electrónica con las películas y horarios, y los dos mostradores principales: uno, en el que vendían los *tickets*, y el otro, donde se podía comprar pochoclos, gaseosas, golosinas y nachos.

-La peli argentina es la que empieza más temprano -dijo Manu mirando su reloj pulsera-. ¿Vamos a ver esa?

-Sí, sí, la que vos quieras -respondió la joven-. Yo soy más de ir al teatro, así que no estoy muy al tanto de las recomendaciones de cine.

-Me hubieras dicho que preferías el teatro y te llevaba a alguna obra copada -indicó Manu, quien, en realidad, hubiese querido ver la última película de Al Pacino que estaba en cartelera y comenzaba apenas 15 minutos más tarde que la nacional.

-Igualmente, no soy de ir ver las obras grosas. Me gustan los teatros *under e* independientes -aclaró ella guardando su celular en la cartera.

-Ah, ok.

-Es que tengo algunas amigas que estudian teatro y se mueven en ese circuito.

-Entiendo.

-Porque, en realidad, el teatro profesional es mucho más caro que el cine.

-En eso pensaba justamente -Manu sonrió y luego se acercó hasta la caja para comprara las dos entradas.

El joven pagó con su dinero y no le permitió a Ana siquiera sacar su billetera de la cartera, tras lo cual, propuso ir a tomar algo al *buffet* del salón de juegos mientras aguardaban el inicio de la película. No era un bar, pero tenía mesas y sillas cómodas y pasaban música, por lo que era un ambiente mínimamente agradable, en el que se podía charlar privadamente, siempre y cuando, las pistas de *bowling* no estuviesen ocupadas, como en esa noche.

Luego de seleccionar una mesa lo suficientemente apartada tanto de la barra como de las pistas, Manu ordenó una cerveza y la acompañó con unos *snacks* ya que, a diferencia de Ana, no había tenido tiempo de cenar.

-¿No extrañas, aunque sea un poco, vivir con tus viejos? –Ana sonreía del otro lado de la mesa donde su vaso de cerveza permanecía intacto junto a sus manos apoyadas una sobre la otra.

-¿Por qué lo decís? –Manu se limpió la grasa y el aceite de sus dedos con una servilleta de papel.

-Por nada en particular –la boca de la joven quedó en línea recta-. Es que te veo yendo y viniendo de acá para allá, con poco tiempo disponible y vivir con los viejos de uno suele ser una ayuda en ese sentido.

-Entiendo –Manu bajó levemente la cabeza sin apartar su vista de Ana-. Vivir solo está bueno pero tiene estas cosas...

-Seguro.

-¿Y tus viejos a qué se dedican? –Ana tomó su vaso de cerveza y dio un breve sorbo.

-Néstor y Leonor son abogados y tienen un estudio jurídico junto a otro socio, aunque ella casi no trabaja por problemas de salud.

-¡Uh! –Ana apretó los labios-. ¿Qué le pasó?

-Hace como quince años o un poco más tuvo cáncer en las cuerdas vocales y eso le dejó una disfonía permanente.

-Pobre, ¡qué garrón! –La joven negó con la cabeza-. ¿Por eso no trabaja?

-No, precisamente –Manu hizo una pausa para beber de su cerveza-. Después de hacer un largo y doloroso tratamiento con rayos X y dos riesgosas operaciones se curó, y a pesar de la disfonía volvió a trabajar. Pero todo es proceso la desgastó y a los pocos años quedó agotada, por lo que no le daba el cuerpo para hacerse cargo de la casa, mi hermana menor y el trabajo, todo al mismo tiempo.

-Claro –Ana miró la hora en el reloj de pared ubicado sobre la barra y advirtió que todavía tenían tiempo para seguir charlando antes de que empezara la película-. ¿Y tu hermana?

-Agustina. Ella estudia Abogacía y trabaja en el estudio.

-Qué raro que vos no seguiste la misma carrera.

-Muchos piensan lo mismo –cierta sorna se dibujó en el rostro de Manu-, sobre todo, mi papá, quien siempre quiso que fuese abogado como él y en un futuro, cuando se jubilase, que yo me hiciera cargo del estudio. Pero la verdad es que nunca me gustó esa carrera.

-Y calculo que tu padre no se lo tomó demasiado bien...

-Para nada bien. Él sigue creyendo, después de todos estos años, que yo no quise ser abogado sólo para llevarle la contra. Y no es así.

-Qué mal, che.

-Es una verdadera lástima porque este contrapunto afectó bastante la excelente relación que tenía con mi papá.

-Pero tampoco se llevan mal, ¿o sí?

-No, pero sí peor que cuando era chico.

-Son cosas que pasan –Ana estiró su mano hasta la bandeja con maní, palitos y papas fritas-. Me tenté, ¿te puedo robar un par?

-¡Cómo no! –Manu extendió ambos brazos en alto y en dirección a Ana, quien tomó una sola papita y la masticó rápidamente.

-¿Y con tu mamá te llevás bien? –preguntó ella después de tragar y beber un nuevo sorbo de su cerveza.

-Por suerte, sí.

-¿Por algún motivo en especial? –ahora era Ana quien se limpiaba las manos con la servilleta de papel.

-Creo que se debe, en gran parte, a que durante la larga enfermedad de Leonor yo me tuve que encargar de Agus, que era muy chica, ya que mi mamá repartía su tiempo entre ir y venir del Hospital de Clínicas y hacer reposo en su habitación, y Néstor, además de acompañarla, no podía descuidar su trabajo. Así que yo terminaba llevando a mi hermana a la escuela, haciéndole de comer y prepararle la ropa.

-¡Qué buen hermano! Agustina te debe adorar.

-Más o menos.

-¿Por qué?

-Porque a ella, al igual que a Néstor, no le agradó que cuando mi mamá mejoró y pasó a estar todo el día en casa yo opté por independizarme lejos de casa.

-Tal vez sintieron que los abandonabas.

-No sé qué sintieron exactamente. Lo que sí sé es que eso fue para Néstor una ofensa mayor a que no haya estudiado Abogacía.

-¿Para tanto?

-Creo que sí, pero lo más importante es que más allá de todas estas diferencias nos llevamos relativamente bien.

-Eso es fundamental.

-Seguro que sí.

-Bueno, en mi caso –Ana volvió a tomar el vaso de cerveza y al percatarse Manu que el recipiente estaba casi vacío se apuró en llenarlo desde la botella-. Gracias.

-Perdón, estabas por decir algo....

-No importa –la joven bebió despacio-. Te decía que en mi caso me toca vivir algo similar. Yo vengo de una familia española numerosa, así que imaginate.

-Claro.

-La diferencia es que en mi caso quien tuvo un problema de salud fui yo.

-¿En serio? -Manu abrió grande los ojos.

-Sí, cuando recién empezaba el secundario, un día volviendo de la escuela me atropelló un auto y sufrí lesiones graves, especialmente, en la cabeza, por lo que estuve internada varias semanas y otro tanto haciendo reposo en casa.

-¡Nooooo! –Manu pasó su mano desde la frente hasta la coronilla, despeinando aun más su corta y desmechada cabellera.

-Así que estuve bastante tiempo sin poder ir al colegio y entre mis viejos y mi hermano tuvieron que cuidarme.

-¿Te quedó alguna secuela?

-Tengo fuertes migrañas que me provocan mareos y una pequeña cicatriz –Ana giró la cabeza, se corrió un fino mechón de pelo que había quedado suelto debajo del

rodete y se señaló detrás de la oreja izquierda donde él alcanzó a ver una corta y angosta raya rosada sobre su cutis blanco que a la altura del trapecio que apenas se asomaba por el escote de la remera que llevaba debajo de la camisa mostraba una gran cantidad de pecas, incluso sobre las primera vértebras de la cervical.

-O sea que llevas una vida normal.

-Sí, sí. Lo único que me cuesta mucho es el esfuerzo físico.

-¿Como practicar algún deporte o ir al gimnasio?

-Claro –Ana sacó los cigarrillos de su cartera pero al instante recordó que donde se encontraba estaba prohibido fumar, por lo que los volvió a guardar enseguida-. De todos modos, antes del accidente tampoco hacía demasiado deporte o gimnasia, excepto por lo que enseñaban en la escuela.

-¿Querés que salgamos al estacionamiento un rato así te podés fumar un cigarrillo tranquila? –preguntó él al ver que los dedos de Ana jugueteaban nerviosos con la correa de la cartera que ella acababa de dejar apoyada sobre la mesa-. Total ya terminamos la cerveza.

-No hace falta –Ana soltó la correa de la cartera y la hizo a un lado-. Además, se nos va a hacer tarde para ver la película.

-Ok, como quieras –Manu se puso de pie y acomodó la silla vacía junto a la mesa-. ¿Vamos?

-Dale, vamos –Ana se paró, se colgó la cartera y ambos caminaron por el pasillo hasta el complejo de salas de cine donde, a diferencia del resto de público presente, el cual no era abundante, no compraron pochoclos ni gaseosas, sólo un agua mineral sin gas para digerir mejor la cerveza y los *snacks*.

La película se pasó rápido para Manu y Ana a pesar de que trataba sobre un drama policial con una protagonista que terminaba en la cárcel donde daba a luz en las peores condiciones imaginables para una mujer. Tal vez, el hecho de que fuese un film de corta duración, apenas llegó a la hora y media, hizo que la pareja disfrutara tanto de la historia como de la compañía del otro intercambiando unas pocas palabras, el agua mineral y alguna que otra mirada cómplice.

Ya en el estacionamiento, mientras caminaban hacia el auto, Ana se prendió un cigarrillo en tanto que Manu le propuso, dado que todavía faltaba un rato para la medianoche, ir a tomar algo a un bar en Capital que él conocía muy bien y lo consideraba ideal para la ocasión, a lo que ella accedió de inmediato ya que deseaba cuanto antes abandonar el *shopping* en el que había pasado casi toda la jornada.

Durante el viaje en auto hasta la Capital, Ana le preguntó a Manu si podía fumar dentro del vehículo y él le respondió que sí, que no había problemas. Así que ella encendió un nuevo cigarrillo, mientras que el conductor puso la radio, en una emisora que todas las noches trasmitía el mejor *chill out*, que hacía más agradable el ambiente y al mismo tiempo permitía que los dos siguiesen charlando, sobre todo, de la película.

Una vez que llegaron al bar, ubicado en el sur de la ciudad, no muy lejos de la casa de los padres de Manu, éste y Ana se dirigieron primero a la desolada barra del salón delantero donde, a instancias de ella, ordenaron dos fernet cola. Sin embargo, como en ese sector no se podía fumar, a los pocos minutos se trasladaron hasta el salón trasero, que estaba envuelto en una nube de humo y repleto de jóvenes, en su mayoría turistas extranjeros que se hospedaban en los *hostal* de los alrededores.

Además de fumar, allí se podía jugar al pool y acceder a un jardín al aire libre en el que se podía obtener una mayor privacidad ya que dado el clima fresco casi nadie lo frecuentaba esa noche.

Las mesas, sillas y bancos estaban todas ocupadas, por lo que Manu y Ana se ubicaron en un hueco de la barra, en la esquina del salón, al lado de un italiano borracho que pretendía seducir a una brasileña hablándole en un rudimentario inglés, y un par de jóvenes *yankees* que no paraban de beber cerveza en porrón, cuando la mejor cerveza que ofrecía el bar era la pinta tirada.

Una vez que se acomodaron junto a la barra, con los tragos apoyados sobre la madera de la misma y sus cuerpos bien pegados, Ana encendió otro cigarrillo.

-¿No deberías fumar menos? –Manu lanzó una risita-. Digo, ya que no hacés ninguna actividad física como para compensar el vicio.

-Creeme que lo intento, pero no puedo –Ana exhaló una larga bocanada y luego bebió de su fernet.

-Hasta ahora.

-Tal vez en el futuro lo logre, aunque lo veo cada vez menos probable.

-No podés saber qué es lo que va a pasar. Nadie puede –Manu alzó su vaso y después bebió de su fernet cola lentamente mientras estudiaba las reacciones corporales de Ana a través del vidrio mojado.

-Los adivinos sí –bromeó ella apagando el cigarrillo a medio terminar en un cenicero que había sobre la barra.

-¿Sos adivina? –el joven hizo su vaso a un lado.

-Sí, ¿no se nota? –Ana aspiró hondo para apartar el aliento a nicotina de su boca.

-No.

-Pasa que se me rompió la bola de cristal y el pañuelo en la cabeza y las uñas postizas no combinaban con lo que llevo puesto.

-Claro –Manu miró a Ana a los ojos, de muy cerca-. ¿Podés adivinar lo que voy a hacer ahora?

-¿Ahora? –ella mantuvo la mirada, con los ojos bien abiertos.

-Sí, digamos que en los próximos segundos –Manu acarició el cachete de ella con el revés de sus dedos.

-Creo estar bastante segura –Ana cerró sus ojos por unos instantes e inclinó su rostro hacia la mano de él.

-¿Y qué voy a hacer? –insistió él.

¡Uy! ¡Qué pibe vueltero! Parece que le gusta hacerse desear, pensó Ana, impaciente, tras lo cual decidió seguirle el juego.

-Hacelo y después te digo si acerté o no.

-No vale. Eso es trampa. ¿Cómo sé que no me vas a mentir? –Manu corrió un mechón de pelo de la frente de Ana con la misma delicadeza con la que la había estado acariciando hasta hace un momento.

-Confía en mí –Ana posó ambas manos sobre los hombros de Manu, quien finalmente la besó en los labios, primero con la boca apenas abierta y al cabo de unos segundos, cuando advirtió que ella estaba disfrutándolo, comenzó a introducir su lengua en la boca de ella, al tiempo que sus manos descendieron por la espalda de la mujer hasta detenerse en la parte superior de los glúteos.

Por su parte, Ana rodeó el cuello de él con sus brazos y masajeó la lengua de Manu con la suya hasta que se quedó sin aliento y la saliva rebalsó por ambas comisuras de su boca, ante lo cual se apartó jadeando y bebió de un trago.

Habitualmente, Manu aguardaba hasta el final de una cita para intentar besar a la mujer que se encontraba con él. De hecho, solía elegir el momento en que se dirigía hacia el auto para ir testeando, con destreza y disimulo, la seguridad y confianza que sentía su acompañante, lo cual constaba en caminar bien cerca al punto de rozar ambos cuerpos y luego pasar el brazo por arriba de los hombros de ella. Y si este movimiento

no generaba ninguna reacción negativa, él sabía que una vez que ambos estuviesen cómodamente sentados y solos dentro del vehículo tenía el camino despejado.

En tanto, el salón trasero del bar no era precisamente el habitáculo de un automóvil aunque de a poco se fue vaciando de gente ya que llegaba la hora de que los jóvenes turistas visitasen algún boliche de las inmediaciones que abriera al público una noche de martes, más bien, madrugada de miércoles.

Con más espacio disponible, Manu y Ana se sentaron en un banco de dos plazas ubicado contra la pared del fondo y se besaron un rato más. Y entre mimos y abrazos charlaron otro tanto hasta que ella dijo que ya era tarde y que quería dormir algunas horas antes de levantarse para ir a trabajar, con lo que él estuvo absolutamente de acuerdo ya que su agenda para aquel día era bastante parecida.

Y mientras Manu condujo de regreso a la casa de Ana ambos se tomaron de la mano y se contemplaron en silencio.

-Gracias –dijo Ana antes de bajar del auto que Manu acababa de estacionar frente al edificio donde residía la joven.

-¿Gracias por qué? –el conductor dejó el motor en marcha, se inclinó sobre el asiento del acompañante y la volvió a besar en la boca.

-Por traerme –susurró ella con dulzura- y por esta linda noche. La pasé muy bien.

-Yo también –les dedos de Manu corrieron gentilmente el flequillo que cubría la frente de ella y luego pasaron un fino mechón de cabello por detrás de la oreja con la cicatriz-. Hay que repetirlo –afirmó observando el rostro despejado de Ana entre las sombras de la noche y la tenue luz artificial de la lamparita del techo del Corsa que indicaba que una de las puertas, en este caso la de la joven, había sido abierta.

-Sí, dale. Después hablamos –indicó ella descendiendo del auto, tras lo cual ingresó rápidamente al edificio.

Al quedarse solo y chequear la hora, Manu dudó unos instantes entre irse a su departamento y dejar el auto en la calle, o regresar a Capital y guardarlo en el garaje de su padre. Y finalmente optó por dirigirse a su domicilio, el cual quedaba más cerca y no implicaba el riesgo de que lo asaltaran cuando guardaba el coche. Además, en la calle nadie lo iba a robar porque estaba bien iluminada y era un barrio relativamente seguro, donde otros vecinos dejaban sus vehículos estacionados afuera, justamente para no tener que abrir sus respectivos garajes. Y a esto se sumaba que dichos autos eran mucho más valiosos que el de su padre y, por ende, sumamente atractivos para los delincuentes que no buscaban, justamente, un viejo y usado Corsa.

Además, como él tenía asuntos laborales que atender bien temprano, el auto le iba a servir para ocuparse de los mismos con mayor rapidez y así llegaría a tiempo para devolverle el vehículo a Néstor al mediodía, tal como éste se lo había pedido.

Finalmente, Manu condujo por las desiertas avenidas del primer cordón del conurbano hasta su departamento, escuchando la radio a todo volumen, con la ventanilla baja a pesar del frío y cantando cada vez que oía un clásico en inglés de los `80 y/o `90, sus décadas preferidas de la música, aunque también disfrutaba, pero no tanto como durante su adolescencia, del rock psicodélico y progresivo de los `70, cuando él ni siquiera había nacido, al igual que su bella Ana.